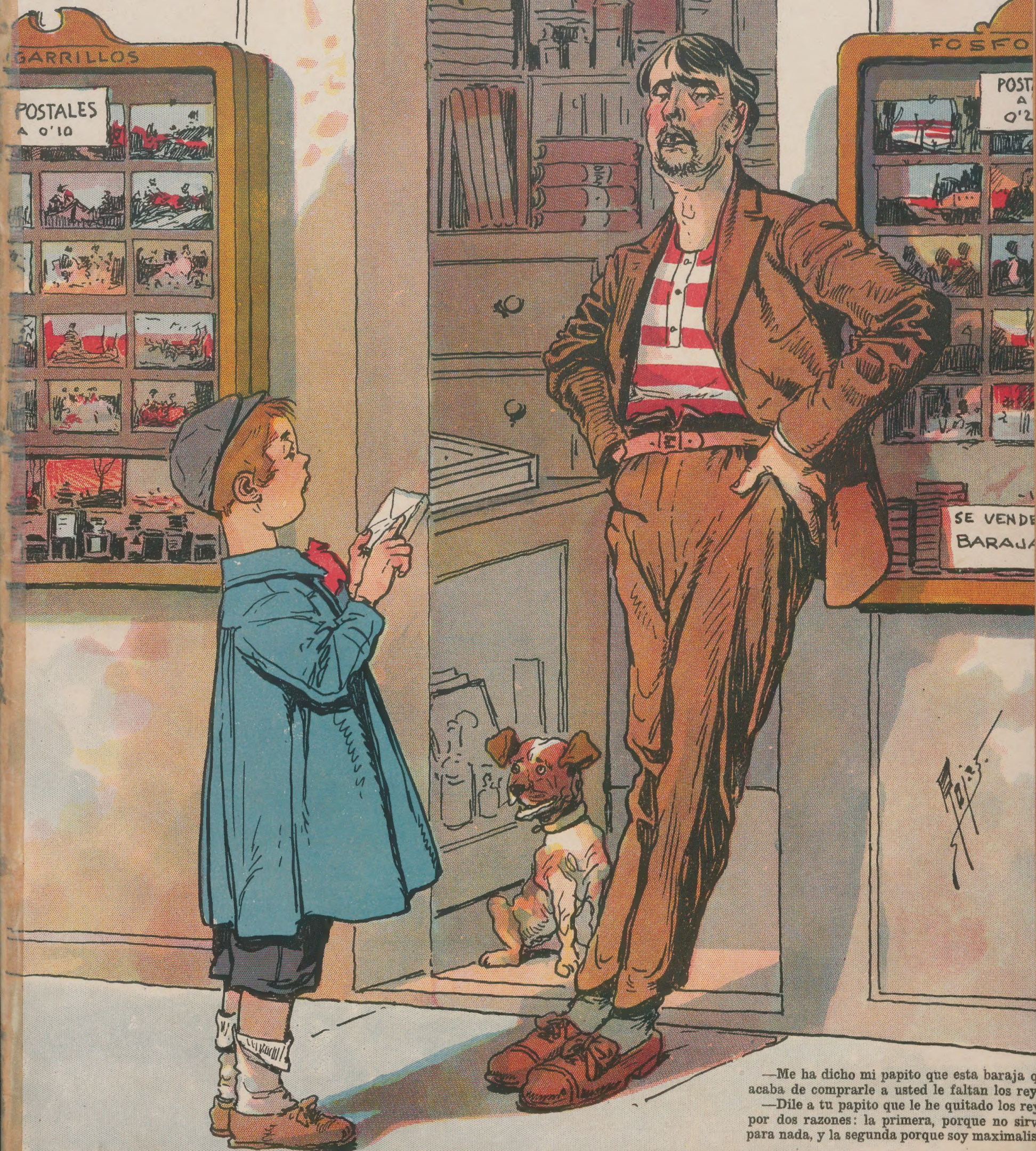


FRAY MOCHO

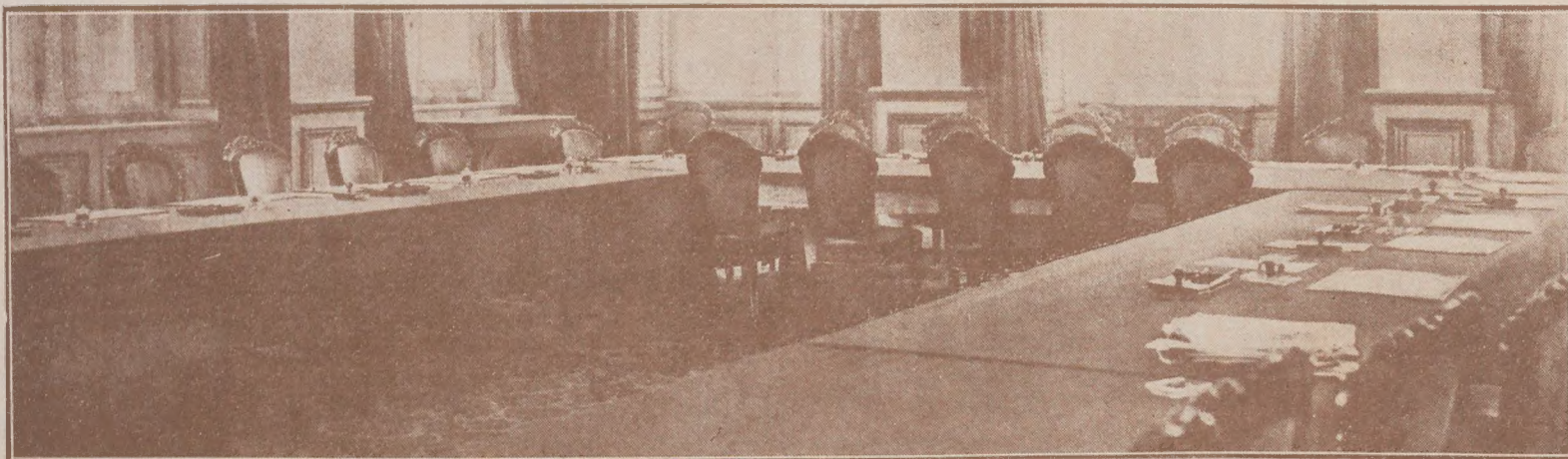
364



—Me ha dicho mi papito que esta baraja q
acaba de comprarle a usted le faltan los rey
—Dile a tu papito que le he quitado los rey
por dos razones: la primera, porque no sirv
para nada, y la segunda porque soy maximalis



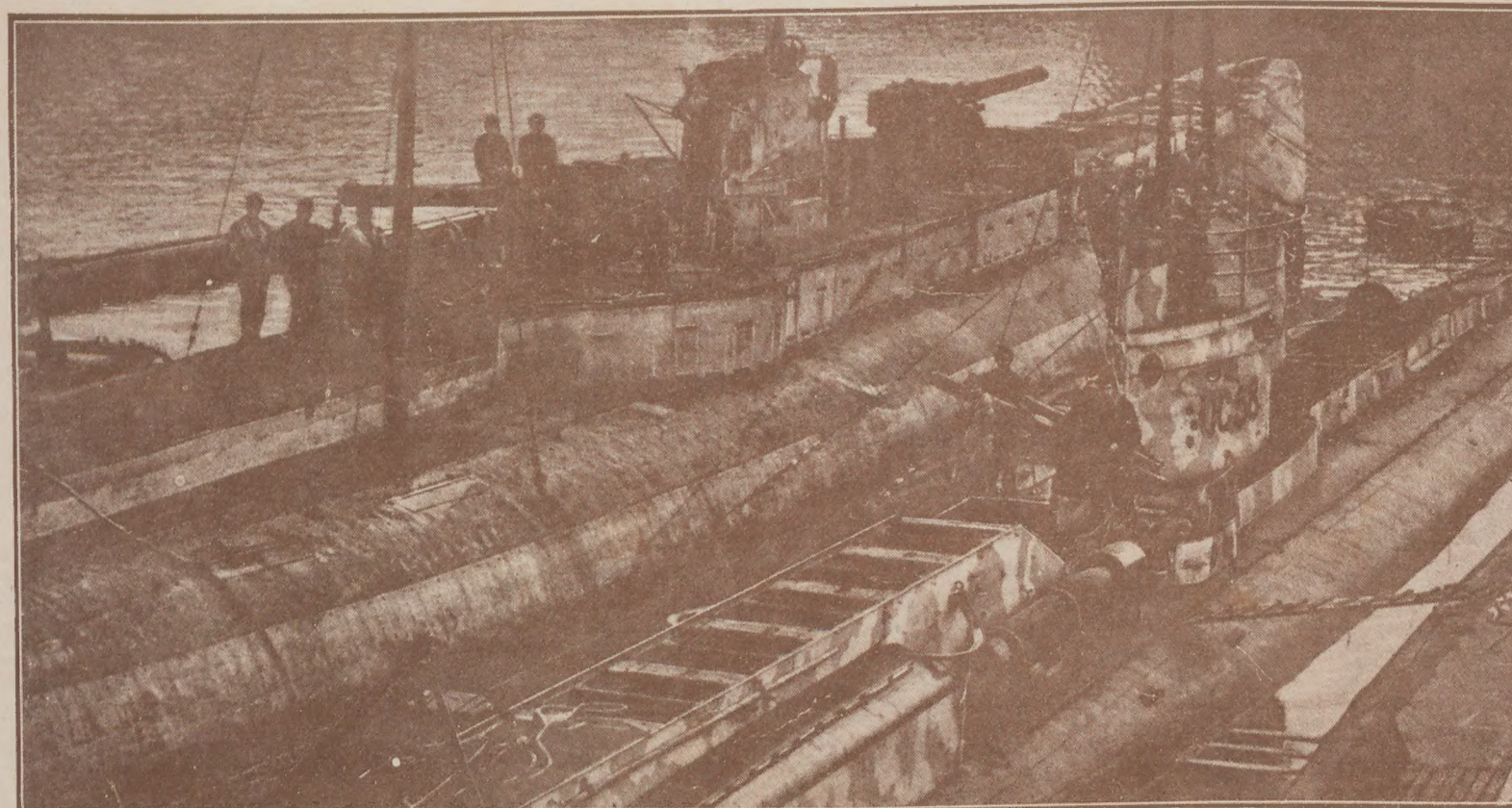
DE TODO UN POCO



La histórica mesa verde, en forma de herradura, del Quai d'Orsay, donde celebra sus sesiones la Conferencia de la Paz



Los disturbios de Berlín. Tropas del gobierno instaladas en una barricada en la plaza Potsdamer, frente a las oficinas de Buxemsteine.



El gran submarino mercante alemán "Deutschland" que durante la guerra cruzó el Atlántico dos veces, se encuentra actualmente en el puerto de Cherburgo (Francia), entre otros submarinos entregados. Poco después de sus viajes el "Deutschland" fué armado de los dos grandes cañones que se ven en la fotografía

FRAY MOCHO

Año VIII

Buenos Aires, 15 de abril de 1919

Núm. 364

Nosotros y el diablo

A la altura a que han llegado los acontecimientos, suponamos a todo el mundo de acuerdo en que nuestro maravilloso país es un vivo record de resistencia económica. Tres largos meses de huelga portuaria no han logrado arruinarlo; y eso después de más de dos años de vivir mano a mano con el error, con la despreocupación y con todos los adminículos que comunmente emplea la fatalidad para hundir a los predestinados en los dramones de género. Con razón, el otro día, una importante institución comercial, presa de un verdadero ataque de sorpresa, lanzaba al oído del gobierno esta frase jugosa: "En los comienzos del conflicto, el espíritu se hubiese resistido a admitir... la posibilidad de que el país sufriese un golpe tan rudo como el que significa la cesación de la vida portuaria durante 80 o 90 días."

Y sin embargo, ahí están los hechos para probarlo. El carnaval nos tomó en plena huelga, y ni siquiera "se inmutó". Ninguna de las tantas mascaritas que pensaban hacer cabriolas por esas calles, dejó de hacerlas, y con lujo, porque en el puerto no entrara ni saliera un barco. En marzo, las elecciones tampoco se dieron por entendidas. La masa electoral hizo lo que le dio la gana, llegando hasta no derrotar del todo al oficialismo, como si en la economía del votante pesara muy ligeramente, o nada pesara, el problema del intercambio de la república con el resto del mundo.

¿Cómo se ha arreglado el país para llenar sus necesidades en todo ese tiempo? ¿Qué han comprado y qué han vendido los comerciantes? ¿De dónde ha salido el equivalente de las mercaderías que no se importaron?... Podríamos acumular dos columnas de interrogantes con el mismo angustioso resultado de ignorar la respuesta franca y categórica que reclama esta montaña de dudas.

Lo positivo es que el país no está agonizando, que el comercio no se ha declarado en quiebra, que el administrador de la aduana sigue gravemente discutiendo con los gremios y los funcionarios sobre si son galgos o podencos "los que vienen trotando", y que, en suma, nadie se ha tirado al río por barco más o menos, a pesar de que la ocasión tenía todas las apariencias de ser inmejorable.

Pues bien, como el diablo no duerme nunca, he aquí que profundamente disgustado de que las cosas tomen este trotecito rendidor, cuando todo se encaminaba tan ingeniosamente a la catástrofe, se ha puesto a pensar en el recurso que acabe de una vez con el escándalo.

Y no hace mucho, sin humaredas de azufre pasadas de moda, sin truenos, ni relámpagos, ni nada del "atrezzo" clásico, ha rato en pleno descrédito literario, efectuó una aparición en Santa Fe capaz de satisfacer al gusto más exigente en materia de calamidades.

Desde entonces contamos en nuestro vistoso muestrario de contrariedades con la agitación agraria. "Vamos a ver—se ha dicho el diablo—si esta vez acabamos con el insolente bienestar

EL PRECIO DE LA LECHE



de este ridículo pedazo de tierra."

Y como aquí todos somos sportmen, como nada nos parece más seductor que la oportunidad de realizar una apuesta sensacional, nadie deja de ubicarse cómodamente en la tribuna, antejo en ristre, pronto a enfocar el momento culminante en que el diablo da el colazo o el país "le saca el cuerpo". Legisladores, ministros, abogados, propietarios, economistas, nubes de funcionarios y reuas de personajes, todos apuestan, todos opinan, todos discuten, todos se arrancan los ojos a fuerza de gritar y de gritar...

Y entretanto el diablo, socarronamente, oscurece la escena y se prepara a escamotear la víctima.

Los arrendamientos son caros, son demasiado breves, no permiten la estabilidad de la población rural. Hay que arraigar al colono, hay que convertirlo en propietario de la tierra que cultiva, hay que concluir con la bohemia agrícola, inexplicable e insoportable en una nación que aspira a tener fisonomía y carácter propios. Faltan leyes, faltan normas fijas que aseguren la tranquilidad de la labor en las vastas campañas. El crédito rural en sus for-

LOS ARDIDES DE CUPIDO



La abuelita centinela.—Elenita, ¿por qué no tocas algo más entretenido? Ya te he dicho que detesto a Wagner.

mas actuales, no sirve para nada. El colono es víctima del usurero, de los explotadores disfrazados en todos los trajes. Y el propietario no entiende de concesiones ni de facilidades. Quiere su provecho.

Entretanto, el gobierno, harto de ruido, se lleva las manos a la cabeza, y promete, promete, promete... arreglar todo alguna vez, más adelante, cuando las "probidades" y los "apostolados" y las "piquetas" hayan penetrado más profundamente de lo que hasta aquí en las conciencias de nuestros queridos conciudadanos...

Por su parte, el diablo sigue tirando de la manta, y los indiferentes rien... ¿Quién tendrá razón?

ESPECTADOR.

Pan-americanismo de nuevo cuño

La loable fraternidad de los países de América, que tantos beneficios está llamada a prestar en orden a la civilización e importancia del continente, ha empezado a recibir una interpretación práctica, sumamente pintoresca, de nuestra asombrosa cancellería.

Hace poco, por puro panamericanismo, un hijo de Centro América, hombre de letras encantador por más señas, fué agraciado con un nombramiento consular en París, que dejó con tamaño boca a cuantos argentinos se consideraban con derecho a ocupar el cargo. Ahora el gobierno, consecuente con su doctrina de no distinguir entre los hijos de la república y los de las repúblicas hermanas, reincide en igual forma, transformando en canceller de consulado a otro producto de las tierras calientes, también frecuentador de las musas y cronista d'espasbesiano en la pasada guerra.

No tendríamos nada que objetar al panamericanismo de nuevo cuño, si no fuera que los tiempos no son propicios para tratar en verso, ni siquiera en prosa rítmica, los abrumadores asuntos que deben ocupar, más que la pluma de los cónsules, su actividad y su consagración. En todas partes del mundo, estas representaciones consulares, que aquí se diría otorgadas por lectores agradecidos a sus novelistas por entregas, se acuerdan después de madura deliberación, a hombres de estudios especializados en el ramo, hoy más que nunca difícil, de la economía política internacional.

Patéticas miserabilidades

Córdoba.—La situación creada a los maestros es afligente, pues se les adeudan varios meses de sus haberes.

Roldán.—El juego está tomando extraordinario incremento. Existen cuatro locales, de los cuales dos se encuentran frente mismo a la estación, donde se juega sin recato alguno, a la vista del público y con la complacencia de la policía.

Como el negocio rinde no tardará en multiplicarse el número de casas de esta índole.

Tucumán.—"El Orden" denuncia que un "as" oficialista saca dinero a los penados a cambio de la promesa de obtener el indulto del gobernador para las fiestas patrias de mayo próximo.

La última carga

Dormían en el monte, cuando los sorprendieron. ¿Cómo dieron con la guarida? Probablemente fué obra de la traición, viéndose de repente atacados por una fuerza numerosa, y el comandante Fructuoso Rojas, que tenía el caballo asido de la rienda, sólo atinó a montar, haciéndolo de un salto. Su hijo Leandro, que se hallaba próximo a él, le imitó, y ambos huyeron, algo aturridos por el estruendo de los disparos, esquivando gajos y troncos, buscando un abra para salir a "campo raso", mientras los enemigos batían el resto de la gente.

Era Rojas un militar formado en las guerras fratricidas, destacándose en ellas como raro ejemplar del valor temerario, aunque nadie, al verle, hubiérale creído capaz de una acción estúpida. Su talla era imponente, firme en el andar, de espina dorsal recta y elástica musculatura. Montaba a caballo sin estribar, conservando su ligereza hasta en los últimos años. Su armazón óseo resultaba perfecta—una combinación de piezas sostenidas por cartilagos de acero,—y en conjunto, un cuerpo vibrante, rápido en los movimientos y resistente a la conmoción de los choques. Su potencia física estaba distribuida armónicamente, traducida en habilidad y baquía; pero su gran cualidad de luchador residía en sus muñecas y en sus ojos. Frente a sus contrarios, la mirada era su principal instrumento de combate; por los gestos descubría las intenciones, y en donde clavaba su vista fascinante, clavaba también la hoja de su arma hasta la banderola. Por lo demás, los rasgos de su fisonomía eran poco elocuentes; nada decían de instintos salvajes y profundos rencores, y si a este detalle se agrega el de una boca de labios regulares, dispuesta a sonreír, se tendrá entonces la impresión de una cara bonachona, sin líneas prominentes, leal, un tipo de hombre, fiero en la pelea y apacible dentro los muros de su rancho. Hacía tiempo que descansaba de sus antiguas jornadas, junto a los suyos; bajo el techo de su hogar, tantas veces solitario, en donde su hijo, un mocetón inteligente, inclinado a la vida aventurera, llenábase la imaginación de fantasías y la memoria de romances épicos, narrados por el padre, al resplandor de las fogatas, en el silencio de las noches invernales. El comandante era reflexivo, pero sentía en el alma las punzadas de una preocupación que no le dejaba quieto. La existencia de paisano ocioso no cuadraba ni a sus costumbres ni a su carácter. Estaba invadido por la nostalgia del "entrevero", y su lanza, gallardamente recostada en un rincón de la pieza, parecía decirle: ¡vamos!, cuando el sol, penetrando por la ventana sin vidrios, la hería en la media luna, sacándole del filo un turbión de chispas doradas. Aunque el guerrillero tenía motivos suficientes para "alzarse", sus propósitos íntimos de rebelión se contenían, ante la seguridad de que serían muy pocos los que le acompañarían en la "patriada".

El nuevo gobernante que había llegado al poder atropellándolo todo, y que no conocía escrúpulos cuando se trataba de sus ambiciones, le había mirado con desprecio y le hostilizaba de todas maneras, al extremo de nombrar comisario de la sección en que él vivía, al coronel Facundo Núñez, su enemigo mortal, a quien odiaba por "malevo"; un indio sanguinario, matador de mujeres y de paisanos indefensos. El comandante abrigaba la creencia de que el mandón advenedizo estaba anarquizando al partido por quien tanto él había luchado, y en

"Poivre et sel"

*¡Oh madures víonica y maldita!
Por dentro, juventud, por fuera, años...
Siempre que veo una mujer bonita,
m'incorregible coraron palpita
sin acordarse de sus cuarenta años!*

*Mas si ella los advierte, pretexto
soy por aquel insustancial muchacho
que tal vez no podría ser mi marido...
Todo porque la sien ha emblanquecido
y hay pimienta con sal en el mostacho!*

*Morir? Si, bien está! morir amado
y amando hasta espirar
por siempre a la mujer porque ha crecido
en nuestra sien, no obstante que colmado
cove el río potente de la vida.*

*Es cruel! Es venganza de una ignota
hada vieja, incapaz de amor, que quis
pagáramos nosotros su devota
y huerto, con asperos de cueto,
a la virilidad el paraíso!*

Amado heros

dejaron una tradición de gloria; pero, ¿qué iba a hacer solo? Todos se quejaban de las injusticias y persecuciones que cometía aquel "loco",—como él le llamaba,—cuando inexplicables terrores se apoderaban de sus facultades en desequilibrio, terrores que, tal vez, no eran otra cosa que miedos de delincuente; la mayor parte de sus compañeros de causa expresaban sus angustias y desconsuelos, mas, ninguno se levantaba airado, haciendo tronar su voz como una protesta viril de la raza, hasta que un día, colmada la

desesperación, la frase candente circunvaló encendiendo corazones y comunicando corrientes nerviosas a los brazos entumecidos.

El no pensó en la posibilidad de la victoria, como jamás lo pensara cuando empuñaba su arma favorita y salía del "pago" aplastando la gramilla con los cascos de su corcel de guerra. Iba a cumplir con su deber de partidario, confiando en su estrella. La libertad, por la cual había batallado durante treinta años, le exigía el último sacrificio, y lo aceptó sin medi-

aras de cuyos ideales sus antecesores tar en que la edad había debilitado su fortaleza de paladín. No manifestó tampoco su fiera nativa en imprecaciones y ademanes. Su hermosura masculina de viejo centauro, su majestad de caudillo parecían acrecentarse, como si los entusiasmos juveniles renacieran más poderosos que nunca, exaltados por el amor a su divisa legendaria. Su boca, habituada al grito de triunfo, se abrió levemente en una sonrisa de satisfacción. Al fin despertaba el coloso invulnerable! No había degenerado la casta fortificada por la gloria de otros tiempos conquistada en los asedios, en los campos de la patria, contra los tiranos o contra los traidores.

Desde que montaron, el enemigo, que acechaba, les siguió con empeño. El comandante reconoció en el jefe de la partida a su temible rival, y se hizo cargo de su posición. Era necesario evitar el encuentro, pues aunque valor no les faltaba, los otros formaban una columna respetable, bien armada, con caballada de refresco, y no convenía comprometer el éxito desde el primer instante. Mandó "cortar campo" y tomar rumbo hacia el paraje en donde se le dijo que encontraría gente amiga que esperaba para incorporarse. Cuando llegó, experimentó un gran desencanto: allí no había nadie. Desprendió chasques en todas direcciones, y al cabo de algunas horas, éstos regresaron sin noticias.

—Será posible, dijo, que se hayan "relajao" tanto nuestros hombres, que no haya uno solo capaz de cumplir con su deber?

No obstante siguió su marcha, inquirendo con la mirada en todos los caminos; "revolviendo" los montes en busca del "matreraje"; pasando junto a las poblaciones, pero no encontró a nadie. Los gauchos permanecían en sus casas y los matreros demostraban más afición al ganado ajeno que a la divisa. Los correligionarios políticos de la ciudad peroraban en los clubs, y escribían difusos artículos en los diarios, pronosticando la caída irremisible del partido, perdido para siempre el entusiasmo tradicional, atrofiada la fibra del valor, afeminados por la molición; rezongando sus anatemas, sin alientos para sostener el predominio de sus ideas, en tanto los adversarios se adelantaban aliados a la traición imperante, a la vista de los caudillos entretenidos en roer el hueso que el mandón les arrojaba para acallarlos.

El comandante Rojas, no queriendo rendirse a la evidencia, impulsado por sentimientos generosos, pensó que acaso no era tiempo, que posiblemente se había precipitado, y resolvió internarse en el primer monte que encontrara, a la espera de una explicación que justificara aquel abandono. Transcurrieron los días, sin que el enigma se aclarase. ¿Qué hacer? Dejar el escondite era perderse. Por otra parte, los puntos de salida deberían estar vigilados—y quizá el bosque no sería ya un lugar seguro. Además, los hombres que le acompañaban, no se hallaban a gusto, pernoctando en aquellos rincones hojosos, llenos de humedad, y no ocultaban al jefe su desmoralización y descontento.

Llegó la noche de la sorpresa. El pánico dominó a los débiles e hizo vacilar a los fuertes. Unos se encerraron sobre el lodo resbaladizo, tratando de ocultarse en lo más intrincado de la selva; otros lucharon heroicamente, casi privados de poder defenderse, enredados en la maraña, rompiendo a faconazos el ramaje, golpeándose en los gajos y cayendo, para ser ultimados por aquellos tigres acortumbrados a la riña, cebados con la sangre de sus víctimas.

La sierra quedaba distante, y los caballos estaban cansados; de modo que era inútil pretender acercarse a ella.



"A LOS MANDARINES"

DEBEN SU ÉXITO A SUS CALIDADES

CAFES Y TES

Casa Principal: SAN JUAN 2164

U. T. 1244 y 1437, B. Orden—C. T. 222, Snud

SUCURSALES:

Giribone 290
Rivadavia 1992
Rivadavia 1456
Rivadavia 7023
Santa Fe 1886
Corrientes 4218
Santa Fe 2685

Cabildo 2076
Cabildo 3490
B. de Irigoyen 1117
Santa Fe 4521
Brasil 1160
Cangallo 963

S. del Estero 1736
(Mar del Plata)
Viamonte 1666
Entre Ríos 732
Rivadavia 5314
Laprida 209
(L. de Zamora)

AGUA MINERAL DE MESA DOO

ANGEMINI



EL AGUA "SANGEMINI", PROCEDE DE UMBRIA (ITALIA), SE EMBOTELLA EN LA MISMA FUENTE, Y NI COMO AGUA MINERAL DE MESA NI MEDICINAL, HAY MARCA QUE

:: PUEDA COMPARARSELE. ::

SU ENVASE DE PRIVILEGIADO SISTEMA, GARANTIZA ETERNAMENTE SU FRESCURA. ::

BOTELLA \$ 0.95 :: 1½ BOTELLA \$ 0.80

DOCENA DE BOTELLAS. . . . \$ 10.80

DOCENA DE 1½ BOTELLAS \$ 9.00

Importada
directamente por
nuestra casa.

The South American Stores

Cath & Co. Ltd.

Anexo: Av. de Mayo.
Perú y Rivadavia...
Casa Central:
Florida y Cangallo.

Al doblar un recodo del camino, Rojas y su hijo divisaron un grupo de lanceros que costaba el arroyo buscando una "picada" para vadearlo. Por el color de las banderolas comprendieron que eran amigos. El comandante les gritó con imperio. Ellos, al reconocerle, se detuvieron; eran algunos soldados de los pocos que lograron escapar del monte. Entonces, Rojas tomó una resolución extrema. Pensó que entre caer asesinados por la espalda, como cobardes, y esperar al enemigo, pa a pelearlo "como hombres", era preferible sucumbir en "su ley". Detuvo su caballo, "sentándolo de un tirón seco de la rienda", y exclamó:

—No dirán que al comandante Rojas lo han "matao" disparando.

Inmediatamente se dirigió a los suyos, diciéndoles:

—Muchachos, vamos a "pelar" a esos maulas; el que no quiera morir, que se vaya.

Esperó un momento, y como ninguno se moviera de su sitio, dió orden de cargar y partió al frente de sus lanceros; los otros aparecieron precipitándose por la cuchilla y haciendo flamear las banderolas multicolores en un ataque furibundo.

El choque fué instantáneo. Los caballos, acicateados por las nazarenas, atropellaron, derribándose a pechazo. Repentinamente las dos columnas se juntaron, agitándose como un hervidero, como si en el círculo de hombres y bestias girara un remolino. A ratos, cuando cesaba el griterío, oíase el golpear de las armas, el retumbante sonar de los cascos en el duro suelo y el alarido de los combatientes. Se abrían enormes claros que volvían a llenarse, haciéndose entonces compacto el entrevero, cual si todos los hombres se hubieran oprimido en un postrer abrazo.

El núcleo cambiaba de forma, y a medida que avanzaba o retrocedía, dejaba montones de cadáveres. Produjose una trepidación momentánea, cuando el comandante Rojas, revoleando su lanza, consiguió abrir calle y salió a campo libre, sujetando su corcel que se abalanzaba empapado en sangre y en sudor. Con el sombrero en la nuca, la melena flotante sobre la espalda, la ancha frente sañuda, la mirada intensamente fija, parecía el vengador de las afrentas inferidas a la causa de sus amores. De un frenazo paró al noble bruto frente a los soldados que pretendían cercarle.

—¡Traidores,—les gritó— "aura" verán cómo yo sé morir por mi divisa!

No había concluido de hablar, cuando su hijo Leandro cayó junto a él mortalmente herido, conservando en la diestra un fragmento de lanza.

El comandante, al verle se irguió sobre el potro. Su fisonomía expresaba dolor y fiera, y nunca la desesperación y la cólera tuvieron encarnación más altiva. Sus dientes apretados hicieron crujir una blasfemia, y sus ojos relampaguearon fuego de coraje; su arma cortó el aire, silbando en un raudito molinete, y el parejero, lastimado por las rodajas, dió un bote de súbito y penetró a saltos en medio del tumulto. El coronel Núñez quiso cerrarle el paso; pero Rojas hizo retroceder su caballo, llevándolo en seguida sobre el indio, quien no pudo resistir la rudeza del choque, ni evitar el lanzazo que recibió en el pecho. Estridente clamor salió de todas las gargantas, y al escaso fulgor crepuscular, las banderolas rojas y azules siguieron aleteando como fatídicas aves de matanza.

Poco tiempo después, se vió caer al héroe, pisoteado por los corceles que pasaban. Se diría que con él se había extinguido el último paladín de una idea que simbolizó en épocas lejanas ideales de libertad y aspiraciones de gloria.

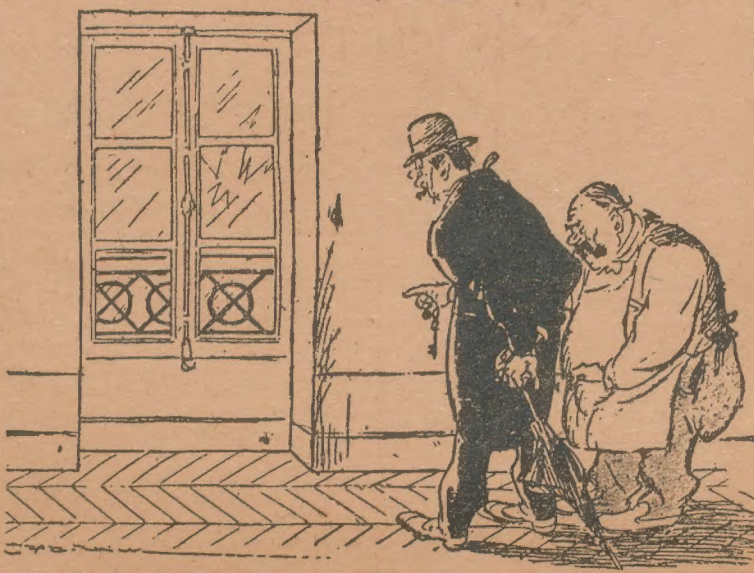
Santiago MACIEL.

EUREKA

ANTISÁRNICO Y GARRAPATICIDA SIN VENENO

Compañía Introdutora de Buenos Aires
BME. MITRE, 537

LOS ALQUILERES



—Quinientos pesos, pero es un magnífico departamentito: usted podrá ver el congreso, la Avenida, los palacios...
—Lo que no podré ver son los quinientos pesos.

¿Para evitar la gripe?

"Euzkald", diario de Bilbao (España), ha publicado el siguiente artículo firmado por el doctor Belausategioitia:

"El 4 del corriente mes llegó a mis manos una comunicación del doctor Sobrino, de Madrid. Alarmado por la impresionante estadística de mortalidad causada por la gripe, preconizaba el tratamiento por el yodo que él sistemáticamente ha empleado con resultados eminentemente satisfactorios.

Este singular medicamento, decía, constituye el ideal del tratamiento gripal racional, sencillo y eficaz. Co-

mienza por estar indicado en todos los enfermos con fiebre, aun ignorando la naturaleza. Acorta el período de las grandes infecciones; es antitóxico, tónico y un antiséptico que une a la menor ofensividad el máximo de acción.

La tintura de yodo en la gripe da resultados tanto más notables cuanto más grave es el cuadro sintomático; adquiere la afección carácter benigno, entra en su curso normal y se evitan complicaciones. Aparte de sus indicaciones en las infecciones generalizadas y en las localizaciones intestinales, es realmente el específico de las pulmonías y bronconeumonías.

La preparación ideal del yodo es la

tintura de yodo, recién preparada y tomada disuelta en leche. Aconseja el doctor Sobrino, en la presente información, comenzar, como es natural, por un purgante, prefiriendo el sulfato de sosa; afirmando que tal había sido su suerte, y más la de los enfermos, con el purgante de sosa, la dieta líquida y las gotas de tintura de yodo (él las administra a la dosis de cinco gotas cada tres horas para los adultos), que bien pudiera decirse que yugulan la gripe.

La lectura de este artículo me sugirió la idea de emplear como preventivo de la gripe la referida tintura de yodo. Comencé por tomarla, imponerla en el hogar y recomendarla en todos los momentos a la dosis de cinco gotas en la comida y cinco en la cena (en un poco de leche o vino). Son muchos en la actualidad los que coinciden con este tratamiento, practicándolo asiduamente, siendo lo más notable que no sé de ninguno de ellos que haya sido atacado de gripe."

Cómo nació la música

Inserta en el hombre, como el sentimiento de la palabra, la música no ha tenido, hablando en puridad, un origen preciso. Cuanquier día, remotísimo por de contado, hubo un hombre, un pastor probablemente, que tuvo la idea de soplar en una caña. Surgió un sonido, luego otro y otro, según la destreza del ejecutante, y quedó inventada la música instrumental. Pero la música vocal, constituyendo la genuina manifestación de los afectos y de los sentimientos, no la ha inventado nadie. Debíó nacer con el primer hombre.

Que el arte de la Música fué practicado, pues, por todos los pueblos, aun por aquellos que, como los egipcios, lo consideraban arte secundario, no cabe hoy ya la menor duda. La arqueología se ha encargado de averiguarlo y de ofrecer pruebas fehacientes de ello.

A esa respetable señora, incansable buscadora de cosas viejas, le debemos, pues, muchas enseñanzas, mas también no pocos errores. Ella nos había asegurado, en efecto, que las muestras más antiguas de un sistema musical procedían de la Grecia clásica, presentándonos, en apoyo de sus dices, viejas anotaciones y viejos instrumentos, que databan del siglo décimo quinto antes de Jesucristo.

Habíamos en consecuencia, admitido como base de todo el maravilloso edificio musical moderno, el "tetracordio" helénico, instrumento dotado de cuatro cuerdas productoras de las notas "mi, fa, sol, la", sobre la primera línea de nuestro pentagrama. Sistema como se ve, simplísimo, que luego se fué complicando con la aparición de los "modos" lidio, dorio y frigio, inventados por los diferentes pueblos de Grecia, que mejoró Terpandro, y que completó Pitágoras dotando a la escala, ya poseedora de siete notas, de la correspondiente a la octava. La arqueología musical estaba orgullosa de haber descubierto el monumento más antiguo en el arte divino, y que era, o mejor dicho, es, puesto que se conserva hoy día en uno de los más famosos Museos de Europa, un himno a Caliope, la Musa de la elocuencia y de la poesía épica, compuesto en el modo frigio en el siglo III o IV antes de Jesucristo.

Pero, a juzgar por los hechos, resulta que los griegos no fueron en música, como en arquitectura, sino unos imitadores de pueblos orientales muchísimo más antiguos, y que en el arte que nos ocupa eran sencillamente unos bárbaros, comparados con sus antecesores en la práctica musical. Decimos esto, porque el erudito musicólogo norteamericano, Benjamin Ives Gilman, examinó no ha mucho, de entre el polvo de los siglos, un himno cantado en los templos de China muchas centurias antes de que Pitágoras "inventase" la escala diatónica.

Comparando este himno con el de Caliope, demuestra un grado de adelanto melódico muy superior al de los griegos. No sólo se presta a una armonización bella, sino que muy bien podría ser cantado en cualquiera de nuestros templos, sin que nadie sospechase su remotísima vejez.

Pero no para ahí nuestro desengaño como helenófilos. Nuevas investigaciones han puesto en claro que en la India se conocía y practicaba ya un sistema musical completo, dos mil años antes de Pitágoras; un sistema en el que aparecen, no sólo la escala diatónica, sino hasta unos "seis mil" modos, las ligaduras, las notas sincopadas, las apoyaturas, los movimientos, los sonidos alterados y otra porción de cosas que ni aun sospecharon los griegos de Pericles y los posteriores y anteriores. Los babilonios, los caldeos, los fenicios y los asirios conocieron también la escala diatónica y la octava lo mismo que los egipcios. Hasta los bárbaros escitas usaban en sus fiestas religiosas el tetracordio, siglos antes de que lo conocieran los griegos.

¡Tan remotos son los orígenes de la música!

Existe un Solo Verdadero callicida—"Gets-It"

Los dolores desaparecen y los callos tambien.

Cuando el callo duele es precisamente cuando se quisiera encontrar la manera segura de destruirlo. ¿Por que se expone Vd. a abandonarse a que sus molestias sean mayores cada dia? Tarde o temprano Vd. tendrá que usar "GETS-IT". ¿Por que no usarlo enseguida?

Así estará Vd. seguro de extirpar los callos con sus propios dedos, sin ningún dolor, en una sola pieza como si pelara una banana. Solo se necesita dos segundos para aplicar "GETS-IT". El dolor se desvanecerá dejando a Vd. tranquilo mientras "GETS-IT" efectúa la curación. Muchos millones de personas han usado "GETS-IT" y lo juzgan excelente. Use Vd. "GETS-IT" con la seguridad de quedar libre de callos y de dolores.

"GETS-IT" el callicida garantizado, el único eficaz, le costará una bagatela en cualquier farmacia o



El único callicida eficaz es "GETS-IT."

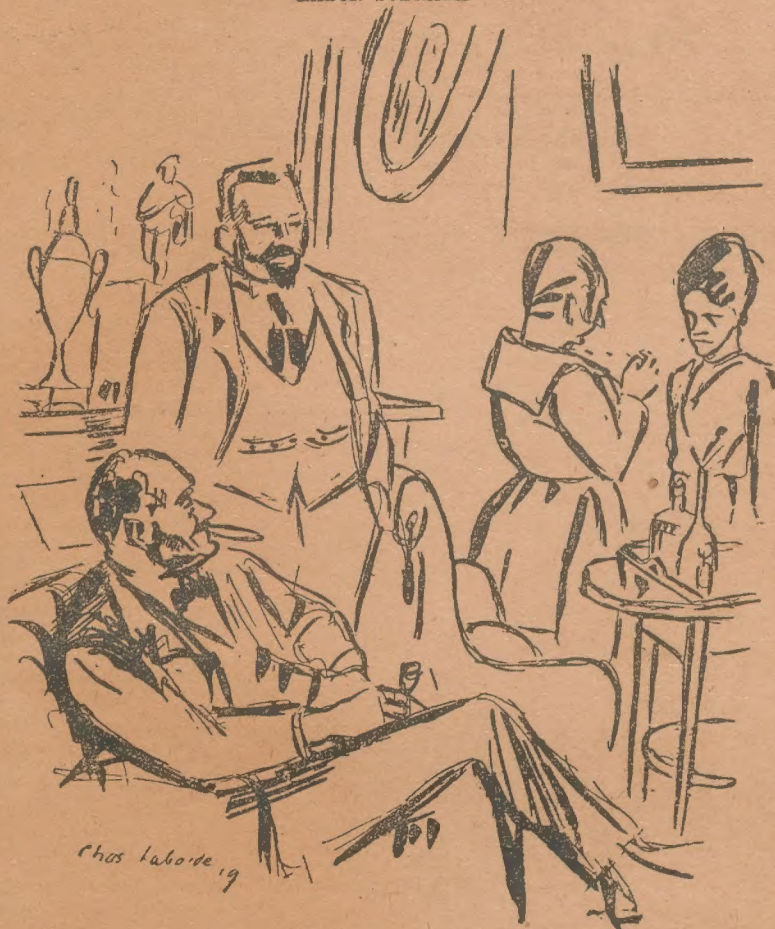
drogueria. Fabricado por E. Lawrence & Co., Chicago, Ill., E. U. A.

Unicos Representantes:

MENDEL & CIA., Bolivar 879, Buenos Aires

En Montevideo: E. T. Picasso y Cia, Misiones 1549, esq. Piedras
En Asuncion (Paraguay) G. Peroni, Benjamin Constant, esq. Ayolas

RAZON SOBRADA



—Tu mujer tiene un aspecto enfermizo.
—Con razón: la tuya le está enseñando sus alhajas.

PUCHITOS

Los 40 días de cuaresma recuerdan la parte curiosa que el número 40 ha tenido en antiguas costumbres y tradiciones. El Diluvio duró, según la Biblia, 40 días y 40 noches. Los israelitas vagaron por el desierto 40 años. Los miembros del parlamento inglés no pueden ser arrestados hasta después de 40 días de terminadas las sesiones, ni en los 40 días que preceden a la apertura del parlamento. El período de precaución sanitaria aceptado en todo el mundo es de 40 días. Lutero dice que un hombre debe vivir 40 años para saber si es un tonto. Se dice que a los 40 años un hombre cambia su ser físico.

Las personas de una misma familia nacidas en verano son más altas que las nacidas en invierno.

Los presidiarios norteamericanos son bastante patriotas. En las cárceles de los Estados Unidos los empréstitos de guerra fueron suscritos por los presos hasta la suma de 250.000 pesos oro.

Es un error creer que el principal alimento de los chinos es el arroz, que lo comen diariamente y que entre las clases más pobres es el único alimento. En realidad hay millones de chinos en Shensi, Shansi y el noroeste de China que nunca han probado arroz y, lo que es más extraordinario, que ni siquiera lo han visto. El arroz se produce en limitadas regiones de China, pero aun los habitantes de las regiones productoras no pueden darse el lujo de consumirlo diariamente. El artículo alimenticio que más consumen todas las clases chinas es la batata.

Un médico norteamericano acaba de aconsejar para el tratamiento de la uña encarnada la aplicación de una solución de formaldehído (formalina).

Se humedece en la solución un pedacito de algodón que se aplicará en la parte enferma. Esta operación debe ser repetida diariamente. El dolor desaparece casi en seguida y al cabo de cuatro o cinco días la inflamación desaparece por completo.

La fabricación de azúcar es una de las más antiguas industrias de la India. Sus plantíos de caña de azúcar son tan extensos que fácilmente podría producir más de la tercera parte de todo el azúcar del mundo. Sin embargo, la India no es un país exportador de este producto y anualmente pierde millones y millones de pesos nada más que en razón de un prejuicio religioso: los hindúes resisten a emplear en la refinación del azúcar el negro proveniente de huesos animales. Además se obstinan en emplear sistemas primitivos en vez de las maquinarias modernas. El resultado es la pérdida, totalmente inútil, de las tres cuartas partes del rendimiento de la cosecha.

Es curiosa la poca importancia que en los países de civilización occidental se considera al budismo. Sin embargo, es una religión que cuenta mayor número de adeptos y más influencia que el catolicismo. Domina en China, en el Japón y en Ceylán, sobre una masa humana estimada en cerca de 500 millones de seres.

Hay en Europa varios crucifijos a los cuales se atribuye milagros. El de la iglesia de Loreto fué, según se dice, fabricado por San Lucas y los ángeles lo llevaron de Palestina a Italia. En Nápoles existen tres igualmente famosos: de uno se asegura que inclinó la cabeza para manifestar a Santo Tomás la aprobación del cielo a sus doctas doctrinas; otro habló al papa Pío V; y el tercero bajó la cabeza para evitar que le tocara una bala de cañón. Lo ciudad de Lucques posee otro crucifijo que según la tradición fué empezado por Nicodemo

y terminado por los ángeles. Dícese que apareció por sí solo en la Catedral y permaneció suspendido en el aire hasta que se le construyó un altar apropiado. En Gante hay un crucifijo que tiene la boca abierta. La leyenda afirma que una monja deplo-raba ante él los desórdenes del carnaval; el crucifijo abrió la boca para consolarla y no la volvió a cerrar.

Los musulmanes creen en el Juicio Final. Pretenden que tendrá lugar la resurrección general de los hombres y de los animales. Después de convocados por las trompetas angélicas, esperarán cincuenta mil años en los valles de Siria hasta que Dios decida de su suerte. Entre tanto los cuerpos de los mahometanos brillarán con todo esplendor, mientras los de los infieles estarán prosternados en el suelo, mudos, sordos y ciegos. Dios usará las acciones humanas en una balanza que sostendrá el ángel Gabriel. Los platillos de la balanza podrán contener el cielo y la tierra. Uno estará situado sobre el infierno y otro sobre el paraíso. Los animales, una vez juzgados, se vengarán unos de otros, según las ofensas recibidas en vida y luego serán convertidos en ceniza.

La mayor cúpula del mundo es la que cubre el salón de lectura del Museo Británico, que mide cuarenta y ocho metros de diámetro, sesenta mil pies cuadrados de superficie, toda de cristal y se alza a treinta metros sobre el suelo.

Ni la cúpula de San Pedro de Roma, ni la de Santa María, de Florencia, la ganan en dimensiones.

Tiene catorce metros de diámetro más que la cúpula del capitolio de Washington, once más que la de la catedral de Darmstadt, diez más que la de Santa Sofía de Constantinopla y cinco más que el cóncavo tejado del sepulcro de Mahomed Adil Shah, de Bijapur.

Según un eminente crítico, los veinte cuadros más célebres del museo del Louvre, de París, son los siguientes:

“La coronación de la Virgen”, de Fra Angélico; “La Virgen de la Victoria”, de Mantegna; “La Gioconda”, de Leonardo de Vinci; “San Juan Bautista”, de Rafael; “El descendimiento”, de Tiziano; “Las bodas de Caná”, de Pablo Veronese; “El sueño de Antiope”, de Corregio; “Retrato de Erasmo”, de Hans Holbein; “Los peregrinos de Emmaus”, de Rembrandt; “La Kermesse”, de Rubens; “Retrato de Carlos V”, de Van Dyck; “El chaparral”, de Ruysdael; “Comida de aldeanos”, de Le Main; “El rapto de las Sabinas”, de Nicolás Poussin; “El embarco para Citera”, de Watteau; “La consagración de Napoleón”, de David; “La batalla de Eylau”, de Gros; “El naufragio de la Medusa”, de Gericault; “Las espigadoras”, de J. F. Millet, y “Dante y Virgilio en los infiernos”, de Delacroix.

La mayor parte del alcanfor viene de la isla Formosa y los japoneses son los dueños del mercado. Por lo tanto como dicho producto entra en la composición de ciertos explosivos, llegó a prohibirse la exportación durante la guerra ruso-japonesa.

En 1905 el gobierno de los Estados Unidos resolvió librarse del tributo pagado a los nipones y distribuyó plantas por todos los Estados del Sur. La tentativa ha alcanzado éxito completo. El alcanforero prospera en los terrenos pobres, y su cultivo es actualmente muy remunerador, pues el precio del alcanfor al por mayor oscila entre 8 y 12 francos el kilo.

En vista de esto, los franceses piensan ocuparse de este cultivo en algunas de sus colonias, teniendo en cuenta que en la Indo-China ha alcanzado ya un desarrollo relativo.

Comer
con ACEITE marca
“FRANCÉS”
es comer bien.

IMPORTADORES:

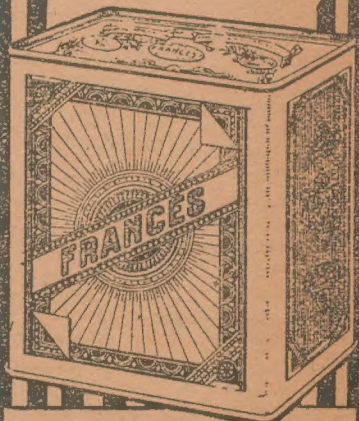
ARDANZA e HIJOS

1529, SAN JOSÉ, 1545

Buenos Aires

Sucursal Rosario:

URQUIZA, 1270



Recomendamos conservar la chapita colocada en la parte superior de cada lata del aceite marca **FRANCÉS** porque tiene un valor importante.

SALOMÓN EN LO DEL DENTISTA
OFICIAL DEL SEÑOR IRIGOYEN



El dentista. — ¡Qué pidazo di molela!
El Rey Salomón. — Sí, es mi muela del juicio.

LA QUERENCIA

En un campamento de Inglaterra donde hacían ejercicios de equitación unos soldados del otro lado del charco, uno de éstos montó en cierta ocasión a un potro que en cuanto sintió al jinete echó a disparar en carrera furiosa.

—¡Eh! ¿Dónde va?—gritó el instructor al recluta.

—No sé, señor; pero el caballo es del Canadá.

EL ÚLTIMO PRETEXTO

Era un conseripto que con irritante frecuencia pedía licencia para visitar su familia, alegando desgracias producidas en su hogar.

—Señor, vengo a pedir permiso hasta el lunes...

—¡Qué! ¿otra vez? ¿Qué le pasa ahora? Seguramente se le ha muerto la abuelita...

—No, tengo un hermano que era ciego de nacimiento... Acaba de lograr la vista... y quiere conocerme...

PROFESIÓN EQUIVOCADA

—¿Dónde has estado tanto rato?—preguntó el almacevero al dependiente nuevo.

—Estaba en el sótano limpiando las medidas de vino; tenían mucha borra pegada en el fondo y dábamos a los clientes un poco menos de la medida justa.

—¡Vete en seguida a tu casa!—gritó el patrón—y dile a tu padre que te ponga en un seminario para estudiar de cura. Aquí no tienes porvenir.

UN INCRÉDULO

—¿Cree usted en la metempsicosis?

—No.

—¿Por qué no? ¿Una teoría tan justificada?

—Por una razón muy sencilla: no tengo ningún diccionario a mano que me diga qué quiere decir o.

LAS ASPIRACIONES CRECEN

—Che, Clarita, hablemos de nuestro tema favorito: ¿qué harías si tuvieras un millón?

—Nada, hijo. El costo de la vida se eleva tanto que uno no puede pensar en hacer nada con menos de mil millones...

LO QUE PUEDE UNA LISONJA

—Pero usted es un hombre fuerte y sano; debería trabajar,—observó la señora al vagabundo que venía a pedirle una limosna.

—Sí, señora, lo sé. Y usted es tan bella que bien podría brillar en el teatro más que esas que están ahora conquistando aplausos; pero sin duda usted prefiere la vida sencilla...

Y el hombre recibió unos cuantos sandwiches, sin que se le volviera a mencionar el trabajo.

DEBER CUMPLIDO

La pequeña Rosita dice a su tía Clara, que frisa en los cincuenta años de edad:

—¿Es verdad, tía, que eres todavía solterona?

—¡Niña, no seas impertinente! Esas cosas no se preguntan.

—¿Por qué, si tú no tienes la culpa? Dicen que has puesto todos los medios para evitarlo... ¿Y debes tener tu conciencia tranquila!

ERA EXACTO

Un amigo dice a otro: —¿Sabes que los Rodríguez han pasado a mejor vida?

—¿Cómo! ¿Los dos, marido y mujer?

—Sí, marido y mujer.

—¿Pero si ayer vi a nuestro amigo y estaba bueno y sano!

—Y lo sigue estando: la única que ha muerto es la mujer. Por eso digo que han pasado los dos a mejor vida.

"Hierro Nuxado Debería ser Recetado por Todos los Médicos"

Dice el Doctor James Francis Sullivan, Antiguo Médico del Bellevue Hospital de Nueva York, de Fama Universal.

Enriquece Rápidamente la Sangre. Fortalece los Nervios y Llena las Venas de Hombres y Mujeres de Fuerza Juvenil y Vigor Extraordinario y Asombroso.

Opiniones del Doctor Carlos F. Arroyo, de la Universidad de Madrid, hoy día en conexión del departamento de Investigación de la Universidad de Columbia, Nueva York. Del Doctor Luis Carrera, de la Universidad de Madrid y hoy día en conexión de la Universidad de Michigan, y del Doctor M. L. Catrin, de París.

La única forma del hierro como medicamento, digna de consideración por parte de la Ciencia médica es el hierro orgánico, por ser la única forma en que el hierro es absorbido de un modo rápido, pasando a la sangre y produciendo a los pocos días buenos resultados. Esta forma de hierro orgánico es la contenida en la fórmula del Hierro Nuxado, tan recomendada hoy día por todos los médicos en casos de debilidad nerviosa y agotamiento.

En una disertación muy interesante e instructiva sobre el valor del hierro de la sangre, el doctor James Francis Sullivan, antiguo médico del Bellevue Hospital (departamento externo) de Nueva York y del Hospital de Westchester County, dice: "Basta con una mirada para darse cuenta de cuáles son las personas que tienen hierro en la sangre. Son todas las personas decididas y audaces. Las otras personas pertenecen a la clase de los débiles. Son los que pasan noches de insomnio pensando en padecimientos imaginarios, los que toman constantemente drogas que acaban por constituir un hábito y usan narcóticos para dormir y café y otros estimulantes con objeto de levantar sus energías sin conseguir por estos métodos más que agravar su mal. Su padecimiento en realidad no consiste más que en falta de hierro en su sangre. Sin hierro la sangre se encuentra impotente para transformar los alimentos en tejido vivo y por lo tanto nada de lo que se come produce provecho; uno no se fortalece. Ahora bien si el paciente toma Hierro Nuxado enriquecerá la sangre empobrecida y dará a su cuerpo mayor resistencia para defenderse contra las enfermedades. Gran cantidad de personas nerviosas y agotadas que padecían durante largo tiempo, han aumentado sus fuerzas de un modo asombroso tomando Hierro Nuxado simplemente. Y hay que hacer constar que habían pasado meses y meses tomando remedios sin obtener el menor efecto."

Otro testimonio referente a los buenos resultados obtenidos usando Hierro Nuxado es el del doctor Carlos F. Arroyo de la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid, España, actualmente miembro del departamento de investigaciones médicas de Columbia University de Nueva York. El doctor Arroyo dice: "Hierro Nuxado es el reconstituyente tónico ideal. Hombres débiles que habían perdido la esperanza de recuperar su vitalidad perdida, que carecían de la energía necesaria para trabajar y gozar de la vida, se encontraron transformados después de un corto tratamiento con Hierro Nuxado. Volvieron dándose las gracias por haberles recomendado tan maravilloso remedio. Mujeres que habían visto palidecer sus mejillas a causa de la pobreza de su sangre, padeciendo estados de nerviosismo que les amargaban la vida, se encontraron rejuvenecidas y sus nervios fortalecidos después de tomar HIERRO NUXADO. Yo, mismo, tomo HIERRO NUXADO a diario y desde que así lo hago, encuentro mi trabajo más fácil y me fatigo mucho menos que antes."

Cuántos hombres al verse debilitados física y moralmente, cuántas mujeres al verse envejecer rápidamente, buscan consolación u olvido en el alcohol, la morfina u otro veneno, que les hace olvidar por cortos momentos la miseria de su existencia, pero que empeora su estado. Esos hombres debilitados, esas mujeres envejecidas prematuramente, no tienen más que falta de hierro en su sangre. Tan pronto como den a su sangre la cantidad de hierro que necesita, la vida volverá a sonreírles. Entonces se sentirán capaces de trabajar y de gozar de todos los placeres de la vida."

El doctor M. L. Catrin, el conocidísimo especialista de París, dice que ha encontrado el HIERRO NUXADO de gran valor para las mujeres aquejadas de debilidad, palidez, falta de apetito, sangre pobre y desórdenes menstruales. El doctor Catrin dice: "Toda mujer necesita de vez en cuando un reconstituyente poderoso y nada de lo conocido hasta el día, produce los resultados que el HIERRO NUXADO, como reconstituyente de tejidos, enriquecedor de la sangre y productor de fuerzas. Toda mujer puede hacer la prueba en pocos días. HIERRO NUXADO es inofensivo aun para las más débiles y delicadas. En dos semanas producirá un mejoramiento general por lo menos de un 100 por ciento."

Nunca falla su acción poderosa. Los mejores médicos de todo el mundo lo consideran el reconstituyente más poderoso conocido. El Hon. Leslie M. Shaw, antiguo secretario de la Tesorería de los Estados Unidos de América, un miembro del Gabinete, el General John L. Clen del Ejército de los Estados Unidos (retirado) y gran cantidad de preeminentes médicos, hombres de Estado y hombres de Ciencia de todo el mundo han ido a la cabeza de los divulgadores de este maravilloso remedio, EL HIERRO NUXADO. Los resultados producidos por el HIERRO NUXADO especialmente en las mujeres, se nota por el tremendo aumento de vigor, vivacidad, fuerza, claridad de ideas, robustecimiento, buen apetito y buen humor. Le aconsejamos, que independientemente de la edad que tenga o de la posición que ocupe en la vida, deje de tomar remedios patentados y tome HIERRO NUXADO. El resultado pasará sobre sus más ardientes deseos.

Dice el doctor L. Carrera: He visto el preparado llamado HIERRO NUXADO y he estudiado su fórmula. Contiene hierro en la forma de peptonato, que es la más fácilmente asimilable por el organismo y que asociado a la nuez vómica y los glicerofosfatos de cal y sosa, hace que HIERRO NUXADO sea el reconstituyente tónico ideal, preferido por la mayor parte de los médicos.

CONCESIONARIOS:

MENDEL y Cía.

BOLIVAR, 879



El nuevo imperialismo.

El té de la tarde

A Federico Peria.

Un té puede ser uno de los placeres sociales más entretenidos y deliciosos, o puede ser una molestia insoportable. Todo depende de la dueña de casa. Si es prudente, debe tratar de limitar sus invitaciones al número de personas que pueda recibir en su casa con comodidad, y debe disponer de bastantes horas para evitar que los invitados acudan todos a un tiempo; además, debe tener la precaución de presentar entre sí a aquellos de sus huéspedes que no se conozcan, y preparar su mesa de una manera tan atractiva, que hasta los más desanimados acaben por sentirse dispuestos a dejarse caer en ella charlando.

En una tarde fría, de invierno, una estufa abierta y brillante es uno de los detalles esenciales; y, cerca de ella, como una nota confortante, una mesa de té artísticamente puesta; no una de esas mesitas en las que sólo pueden servirse media docena de tazas, sino una de buen tamaño, más apropiada para el caso. En el centro de la mesa se pondrá una jardinera bien provista, y junto a ésta un par de candelabros, o varios candeleros, con o sin pantallas. Espaciados por todas partes debe haber platos de sandwiches, bollos, bombones, nueces, almendras, avellanas, y dulces secos; en un extremo debe estar la tetera o cafetera o chocolatera, y, en el otro, una ponchera grande de té o limonada.

No sólo la cantidad sino también la variedad de los refrescos depende del número de los concurrentes. Si éstos no alcanzan más que a una o dos docenas, lo más sencillo es lo mejor; pero si el titulado "té" es en realidad una fiesta, entonces hay que preparar una mesa más prolíja.

Sea lo que fuere lo que se va a servir, siempre hay que disponer de antemano los elementos necesarios para poder servirlo cómodamente. La tetera y la pava de agua hirviendo sobre la mesa son perfectamente cómodas cuando se trata de tres o cuatro personas, y no más, por cuanto una parte de los invitados tendría que esperar que se preparara otra vez la tetera. En estos casos, lo mejor es recurrir a la "urna". Se hace hacer el té en la cocina y se filtra cuidadosamente; después se echa en la urna, se enciende el calentador, y el té se conservará fresco así durante horas enteras. Sobre la mesa debe haber también crema, azúcar y rebanadas de limón; y, si se quiere, se pueden echar dos clavillos de olor en cada taza, en el momento de servirlos, y remover el té antes de pasarlo. El café y el caldo pueden servirse también de una urna, y tanto para el uno como para el otro, y para el té también, deben usarse tazas de borde volcado y no otras. Pero, si se tiene la dicha de poseer un samovar ruso, aparato en el que se hace el mejor té del mundo, no hay que servir el té en tazas sino en vasitos altos y delgados, puestos sobre platillos y con una rebanada de limón adentro.

Las chocolateras de hoy día son de una forma completamente nueva, que les da el aspecto de jarras o urna, y las tazas que hacen juego con ellas, no son de borde alto sino volcado como el de las tazas de té. Por supuesto, cuando en un té se ofrece chocolate, se echa a éste crema bien batida. En cuanto a la limonada, una vez preparada, hay que echarle naranjas y bananas recortadas, o pedazos de piñas y ananás; después hay que colarla y que agregarle un poco de marrasquino o unas cuantas cerezas en aguardiente. Para servir las tazas de cristal que acompañan siempre a la ponchera, se hace uso, por lo general, de un cucharoncito. El ponche

RESULTÓ CARO



—¿Lo pasaste bien en el sanatorio?
—No. Pagué ochenta pesos semanales para ver al médico afilando con la enfermera cuando podía haber visto lo mismo en el cinematógrafo por sólo cuarenta centavos.

de té se prepara haciendo la limonada con té caliente en vez de agua, y agrogándole la fruta y el licor; y, una vez helado, se echa, no en un tazón, sino en una jarra de cristal, cuya boca se cubre con un buen manojo de menta azucarada. Café frappé es café fuerte, muy dulce, con bastante crema, y helado. Se sirve directamente del tazón a los vasos.

Los sandwiches para el té pueden ser de una infinita variedad de clases: desde el de ensalada mixta hasta el de dulce, crema o fruta. Se cortan en forma de círculo o de triángulo o de corazón. El sandwich de ensalada se hace de varias maneras: ya sea picando y machacando carne de pollo o de pavo hasta reducirla a pasta y mez-

clándola con mayonesa, o con hojas de lechuga recortadas y mayonesas, o con aceitunas picadas muy menuditas, solas o con mayonesa.

Los sandwiches de dulce se hacen o de mermelada de naranja, o de conserva de pera, que es un dulce exquisito, si se ha preparado con buena cantidad de jengibre; también se hacen de jalea; pero la conserva o mermelada es preferible. Los de durazno o damasco son muy delicados, como así también los de frambuesa, aunque estos últimos tienen el serio inconveniente de las semillas. Los sandwiches de almendra, nuez, etc., son también muy sabrosos. Se corta en rebanadas muy finas pan moreno de dos días, y se untan en primer lugar con un

poco de mantea y luego con queso mantecoso mezclado con mani; pero hay que tener cuidado de que el pan no se embeba. Esta mezcla puede servir también para preparar panecillos rellenos. Se hacen asimismo sandwiches de uvas y nueces machacadas, o de dátiles y almendras machadas también. Y, para ligar las rebanadas en esta clase de sandwiches, se las unta por lo general con crema bien batida.

El bollo que se sirve con el té de la tarde, debe ser siempre muy liviano. No es prudente presentar bollos de fruta, ni de nada que sea pastoso y blando. En la casa pueden prepararse toda clase de pasteles y tortas livianas, mucho más sabrosas, seguramente, y más tentadoras también, que las que se compran en las pastelerías y facturerías. Los pedazos, recortados ya, de pasta de hojaldre se cubren con una capa de almendras picadas y mezcladas con clara de huevo batida apenas, que se tuesta después al horno.

Los sandwiches de helados son bastante buenos, pero muchos no se animan a hacerlos, porque se imaginan que la tarea es difícil; por el contrario, es muy fácil. Tómese crema blanca helada, en panes tan duros como sea posible, y córtense estos panes en tajadas sobre un pedazo de mármol; recórtense después estas rebanadas en forma circular, y colóquense entre dos tajadas de pasta de almendra; o recórtense las rebanadas en tirillas, y colóquense entre dos tajadas de cualquier otra pasta azucarada. Esta clase de sandwiches se sirven en platitos con tenedor.

Los bombones deben ser de chocolate, o de menta y crema, o también de confituras en estuches de papel, ya se trate de almendras confitadas o de cascotes de limón o de naranja acaramelados; en todo caso, deben ser deliciosos, y, si es posible, poco comunes.

Algunas veces un té de la tarde es más bien todo un recibimiento de aparato; en estos casos es indispensable tener un ayudante entendido, porque la tarea de adornar la mesa y de preparar los refrescos sería muy pesada e incómoda para la dueña de casa. Debe haber flores y luces en profusión, varios criados que se encarguen del servicio, y la mesa debe estar bien cargada de cosas delicadas. Por lo general, se empieza sirviendo caldo; en seguida, ostras o langostas con crema, y sandwiches; luego, una ensalada de pollo o de camarones; después, helados, tortas de fantasía, bombones; y, por último, café, limonada o ponche. En la mesa debe haber además un centro con rosas y helechos, candelabros de plata, bandejas de frutas y dulces, y fuentes de crema con confites de colores.

Jesusa GALINDEZ.

Música

Nuestro antiguo colaborador, el conocido escritor, señor Angel G. Villoldo, uno de los más fecundos cultivadores del género nacional, acaba de enriquecer el repertorio de la música criolla con las nuevas producciones siguientes: "La culpa vos la tuviste...", canción provinciana; "Qué tenés de decir, qué tenés!", tango milonga para guitarra; "Adiós, que me voy yorando...", tonada provinciana; "Mateando", tango milongueado para guitarra; "El apasionado", vals para guitarra, y "Brisas camperas", estilo argentino.

Todas estas composiciones, que han sido escritas y arregladas para su ejecución o acompañamiento en la guitarra por medio del método por cifras de que también es autor el señor Villoldo, constituyen una importante contribución a la música popular, género donde nuestro colaborador, perito reconocido en la materia, se ha destacado siempre por los numerosos éxitos que han obtenido sus obras.

**Pidan la deliciosa
cerveza
QUILMES CRISTAL**

¿Por qué principia el año el primero de enero?

Del mismo modo como solemos decir que Cristo nació el 25 de diciembre, cuando, en realidad, nada se sabe al respecto, celebramos el primero de enero como principio de año, aunque la mayor parte de los pueblos no lo consideran como tal y aun en nuestro tiempo no todos aceptan el primero de enero como el primer día del año.

Los antiguos druidas empezaban el año con el día que es ahora para nosotros el 10 de marzo. Los persas y fenicios lo iniciaban en el equinoccio de otoño y para los mejicanos del tiempo de la conquista era año nuevo el 23 de febrero. Los antiguos egipcios observaban en sus cómputos el año planetario, de manera que el primero de año no caía siempre en la misma fecha, y al cabo de 1507 años tropicales el día de año nuevo había sido trasladado de uno a otro de todos los del año. Así, en el año 4 de nuestra era, el año nuevo egipcio caía en el primero del mes de Tot, que venía a ser nuestro 29 de agosto.

Los griegos del templo de Solón tenían por primero de año al 21 de diciembre, y en el tiempo de Pericles (432 años antes de Cristo) el 21 de junio. Los romanos tenían el año nuevo, primero en marzo y después el primero de enero. Los judíos lo celebran todavía el primero del mes de Tishri, que corresponde más o menos a septiembre. Los chinos fijan el año nuevo en la época en que el sol entra en Acuario que es más o menos el 19 de febrero.

Aun entre los pueblos cristianos la fecha del año nuevo ha variado mucho. En 1792 el gobierno revolucionario decretó que el año empezara en el equinoccio de otoño, es decir, el 22 de septiembre. En Inglaterra, hasta el tiempo de Guillermo el Conquistador, el año nuevo era celebrado el 25 de diciembre. En esa época casi todos los demás pueblos europeos lo celebraban el 25 de marzo. El calendario gregoriano, decretado en 1582 por el papa Gregorio XIII, fijó el principio del año en el primero de enero. Todos los países católicos aceptaron la reforma que es la que rige actualmente. Los países protestantes la resistieron mucho tiempo. Inglaterra, por ejemplo, la admitió sólo en 1752.

Fijar el principio del año en el 25 de diciembre—como se observaba en Roma antes de la reforma gregoriana—es tan arbitrario como fijarlo en cualquier otra fecha incluso el primero de enero. No hay ninguna autoridad histórica ni dato alguno que permita establecer que el nacimiento de Cristo tuvo lugar el 25 de diciembre. Clemente de Alejandría dice que en su tiempo se tenía por fechas del nacimiento de Cristo el 20 de mayo y el 19 o el 20 de abril. En cuanto al primero de enero parece que era fecha celebrada por los romanos con diversas festividades religiosas. Estas fiestas paganas persistieron en la Roma de los primeros siglos cristianos y se llegó poco a poco a atribuirles el significado de fiestas de año nuevo para disfrazar su carácter pagano.

Los que se fustigaban

En todos los primeros tiempos de la Edad Media la flagelación voluntaria se extendió por toda Italia. La gente creía que azotándose el cielo se apiadaría de las desgracias humanas. En las calles de las principales ciudades se veía continuamente personas semidesnudas que empunando un látigo se azotaban las espaldas hasta ensangrentarse. El papa condenó este celo excesivo. Más tarde, con motivo de una epidemia, la manía reapareció en Alemania. Largas procesiones recorrían los pueblos y los campos fla-

**Enseñe a su hijo
a ser económico.**

\$ 1

**basta para abrir cuenta en Caja
de Ahorro del Banco de Boston al**

4 0/0

The First National Bank of Boston

Bmé. MITRE esq. SAN MARTIN

**ENTREGAMOS NUESTRAS
ALCANCÍAS GRATIS**

gelándose sin cesar. Invocaban la autoridad de una carta traída del cielo por un ángel, la cual decía que habiendo pedido la Virgen a Jesucristo que perdonara a los pecadores, Jesucristo le respondió que sólo obtendrían el perdón si se azotaban públicamente durante treinta y cuatro días.

En el siglo xv algunos alemanes sostuvieron la opinión de que la flagelación era el único medio de salvar

el alma y que reemplazaba a todos los sacramentos y todas las obras de piedad practicados hasta entonces. Algunos años antes se había hecho circular en Europa una carta que se decía llevada por un ángel a la iglesia de San Pedro, de Jerusalén, que anunciaba que Dios, irritado por la corrupción de los hombres quería hacerlos perecer, pero mediante la intercesión de la Virgen, había decla-

rado que los pecadores obtendrían perdón si cada uno salía de su patria y se flagelaba durante treinta y cuatro días. Esta secta, condenada por Roma, se dispersó y se reconstituyó varias veces hasta que la Inquisición hizo detener y quemar a algunos de los flagelantes.

El benedictino Mabillon refiere haber visto en Turín, en un viernes santo, una cofradía de penitentes a saurio que se azotaban mutuamente en la Catedral, mientras esperaban al príncipe. Cuando éste llegó redoblaron los golpes con extraordinaria energía y, castigándose siempre, salieron en procesión de la iglesia.

Los antiguos judíos empleaban también la flagelación. El paciente se tendía en el suelo, confesaba sus pecados y recitaba el versículo 38 del salmo 78. Cada palabra que pronunciaba era acompañada de un latigazo.

Parece que en otras épocas se acostumbraba la flagelación religiosa en la ciudad de Dusseldorf, a juzgar por una carta publicada en la "Biblioteca Universal" que dice: "A fines de la cuaresma se ve en las calles, caí todas las noches, personas que se azotan. Van envueltas en largas vestiduras blancas que no tardan en quedar teñidas de sangre. Estos penitentes llevan en la mano un látigo hecho de cuerdas de las que penden puntas de hierro. Recorren las calles seguidos de mucha gente del populacho que lleva antorchas y canta letanías... Entre los que se flagelan así hay individuos de alto rango que durante la ceremonia se hacen acompañar por lacayos que les alumbran el camino".

Los estatutos de los carmelitas estipulan que el maestro de los novicios los flagelará con moderación "después de haberles descubierto decentemente una parte de la espalda". En algunas comunidades llevaban camisas abiertas por detrás para facilitar la tunda.

Entre las ursulinas se acostumbraba designar a una de las monjas para que enseñara a las demás el manejo de la disciplina con que debían castigarse. La fundadora de las Anunziatas, Juana de Francia, hija de Luis XI, había inventado una disciplina de cinco cuerdas que remataban en una cruz de plata con cinco clavos de plata bien puntiagudos.

¿Cuándo empezó a hacerse uso de la nieve para conservar los alimentos?

La costumbre de conservar los alimentos con hielo no es, como generalmente se cree, de origen reciente. Hace bastantes siglos, los romanos, que eran muy aficionados a las ostras, empleaban la nieve para transportarlas desde la costa al interior del país. Cada ostra se envolvía y comprimía bien con nieve, revestíase con paja, y encima de todo se ponía una envoltura de tejido de lana.

Tan buenos resultados daba el procedimiento, que Apicio pudo remitir ostras desde Brindisi al emperador Trajano, que se hallaba en Armenia.

Dichas ostras procedían del lago Lucrino (Italia), famoso en la antigüedad por la excelencia de sus ostras.

Tan buenas eran que el emperador Augusto, para que no faltase agua de mar al lago, mandó construir un canal que costó bastante caro.

Sería curioso comparar la calidad de aquellas ostras con las que consumimos actualmente; pero esto es imposible, porque el lago Lucrino no existe ya. El lugar donde Apicio tomaba las ostras para el emperador Trajano está ocupado actualmente por una montaña de más de cien metros de alta, que se formó durante una erupción volcánica y un terremoto ocurridos en 1538.



—Señor, usted se olvida de pagarme el alquiler...
—¡Oh, señora!; cuando la veo, olvido todo.

HISTORIA DE UNA MUJER DE PESCADOR

A orillas del caserío de pescadores, en una colinita de arena blanca había una chozuela. No era bastante bien construida para alinearse con las demás casitas, regulares y limpias, alrededor de la gran plaza verde donde secaban las redes. Parecía que la hubiesen empujado para hacerla salir del grupo de las demás y llevado hasta el otero de arena. La pobre viuda que fuera arquitecto y albañil de la choza, hizo las paredes más bajas que las de todas las demás casas y el techo de paja más alto y puntiagudo que cualquiera otro techo del caserío. El piso se hundía en la tierra. La ventana, aunque no era grande, llegaba desde el suelo a la cornisa del techo. Ni el horno ni el corralito de los gansos habían cabido en el único cuarto estrecho y se los había agregado, haciéndolos saledizos de la pared. La choza no poseía, como las demás, un jardín-

bardana, las cosas habrían pasado de otra manera, pero ¿acaso hubiera sido mejor?

La viuda reflexionaba a menudo y por largo rato en el azar que la había arrojado a esa costa baja de la Escania, cerca de un estrecho escondido, en medio de ese pueblo plácido y lento; pues ella había nacido en un pequeño puerto noruego, al pie de los "fjells" escarpados, frente al mar inmenso. Y a pesar de la pobreza en que había dejado a la familia la muerte de su padre, la joven, hija de comerciante, estaba acostumbrada a ver a su alrededor movimiento y animación. A veces se sorprendía relatóndose su propia historia, como quien relea un libro difícil para tratar de comprender su idea.

Su extraño destino había comenzado así: una noche que volvía de casa de la costurera donde trabajaba, dos marineros ebrios la asaltaron; intervino otro que la salvó. Este último, que había corrido verdadero peligro de muerte, la acompañó hasta su casa. Ella lo presentó a su madre y a sus hermanas, y refirió con frases exaltadas lo que había hecho en su favor. Parecióle que su vida había ganado en valor desde el momento en que otro arriesgara la suya por defenderla. La familia recibió muy bien

antigua mansión burguesa, de fachada adornada con imágenes, una de esas casas de otro tiempo, cuyo piso superior sobresale y que dan tan buena impresión de riqueza y de respetabilidad.

Pronto la joven advirtió que él la amaba; su madre y sus hermanas manifestaron un vivo contento. El joven y rico sueco les había sido enviado por el cielo para aliviar su pobreza. Aun en el caso de que la joven no lo hubiese amado como lo amaba, no se le debía rechazar. Un padre, un hermano mayor, se hubieran preocupado, sin duda, de informarse acerca de ese desconocido, pero ni ella ni su madre pensaron en eso. Más tarde comprendió que hasta cierto punto ellas mismas lo habían impulsado a mentir. Al principio, y sin ningún mal pensamiento, él había dejado, pasivamente, que la imaginación de las mujeres le atribuyera grandes riquezas; después, al comprender que esa idea las hacía felices, el temor de perder a la joven le había impedido desengañarlas.

Se comprometieron poco antes de que la goleta partiera del puerto, y cuando el barco regresó, se casaron. La joven sintió acaso un poco de decepción al verle volver como simple marinero y ligado



cillo donde las campanillas se enredaran a los gresselleros, y crecieran los saúcos disputando la luz a las bardanas invasoras. Sólo las bardanas habían acompañado a la choza hasta la colina de arena. Eran bastante suntuosas, en invierno, con su follaje fresco, de un verde oscuro y, entre los zarcillos ganchudos, la magnificencia de sus flores rojas. Pero en el otoño, cuando los zarcillos se endurecían como espinas y maduraban las semillas, las bardanas se ponían secas, feas, y sus hojas desgarradas se cubrían de duelo bajo las polvorientas telarañas.

La choza no albergaba más de dos propietarios sucesivamente, pues sus paredes de adobe no podían soportar sino durante dos generaciones el peso de la techumbre. Y siempre era habitada por pobres viudas. La viuda que entonces vivía allí, complacía en contemplar las bardanas, sobre todo cuando el otoño las había marchitado y los tallos secos aun se adherían porfiadamente a las piedras. Le recordaban a la mujer que la precediera, a la que había reconstruido la choza: una mujer seca y ajada y capaz, ella también, de aferrarse porfiadamente. La infeliz había gastado todas sus fuerzas sacrificándose por su hijo. Al pensar en ello la dueña actual de la choza tenía ganas de reír y de llorar. Si la vieja no hubiera poseído esa naturaleza de

al joven marinero y lo invitó a volver a visitarla frecuentemente.

Se llamaba Börje Nilsson; era marinero de la goleta escaniana "La Albertina". Mientras el barco permaneció en el puerto visitó casi diariamente a los nuevos amigos y pronto nadie, en la familia, creyó que no fuese más que un simple marinero. Ostentaba siempre un cuello volcado de deslumbrante blancura y llevaba un traje de paño fino. Franco e inteligente, sus modales eran los de un hombre de clase social igual a la de la familia. Sin que él lo hubiera dicho jamás, creyeron firmemente que era hijo único de una viuda rica, que por irresistible amor a los oficios de mar y para demostrar a su madre la sinceridad de su vocación, se había embarcado como simple marinero; pero, una vez que saliera aprobado en sus exámenes, la madre le compraría un barco...

Esa familia noruega, que se había apartado de sus antiguas relaciones, lo acogió, pues, sin la menor desconfianza. Con fácil palabra, él describía su casa de alto y puntiagudo techo; en la sala el amplio hogar a la manera antigua y las ventanas de pequeños vidrios. Hablaba también de las calles silenciosas de su pueblo natal, de sus largas hileras de casas todas iguales y del contraste agradable que allí ofrecía la suya con sus salientes irregulares. Y su auditorio distinguía detrás de las palabras una

todavía por un contrato; además, no le traía nada de parte de su madre. Sin duda, la anciana esperaba que su hijo se casara mejor; pero Astrid la conquistaría... A pesar de todas las mentiras del mozo, las mujeres habrían podido advertir que era pobre si hubiesen querido abrir los ojos.

Como la recién casada deseaba hacer el viaje a bordo de la goleta pescadora, el patrón le ofreció su camarote, ofrecimiento que fué aceptado con alegría. Börje fué eximido casi de todo trabajo y pasaba la mayor parte del tiempo charlando en la cubierta con Astrid. Le prodigó la felicidad de la imaginación, una felicidad de que él mismo había vivido toda su vida. Cuanto más pensaba en la chozita medio enterrada en las arenas, más alta se levantaba en su fantasía la casa en que hubiera deseado hacer entrar a su mujer. Mientras le oía, la joven se sentía llevada suavemente hacia un puerto adornado de guirnaldas y embanderado en honor de la esposa de Börje Nilsson. Pasaba en coche bajo un arco de triunfo, mientras los hombres la seguían con la mirada y las mujeres no podían ocultar su envidia. Por fin descendía y entraba en la antigua morada venerable donde servidores de cabellos blancos se inclinaban ante ella y donde brillaba bajo la pesada vajilla de plata la mesa tendida para el banquete.

Cuando descubrió la verdad, su primera idea fué la de que el capitán se había puesto de acuerdo con Börje para engañarla; pero pronto reconoció que esto no era exacto. Abordo de la goleta los tripulantes tenían la costumbre de hablar de Börje como si fuera un personaje. Era una broma favorita hablar de sus riquezas y de la importancia de su familia. Creían que la joven también bromeaba en este sentido. Así, pues, en el momento en que la goleta ancló en el puerto más cercano a la aldea de Börje, la joven podía imaginar todavía que era la esposa de un hombre rico.

Börje obtuvo permiso de un día y una noche para llevar a su mujer a casa de su madre e instalarla en el nuevo hogar.

Cuando llegaron al desembarcadero donde una multitud debía aclamar a los recién casados y debían flamear las banderas, reinaba el silencio y la tranquilidad acostumbrada. Börje notó que su mujer paseaba a su alrededor una mirada desilusionada.

—Hemos llegado demasiado temprano,—dijo.—Con este lindo tiempo el viaje ha resultado muy corto. No han mandado coche y tenemos que recorrer un buen trecho de camino, pues la casa está en las afueras del pueblo.

—¿Qué importa, Börje?—contestó ella.—Nos hará bien caminar un poco, después de haber permanecido tanto tiempo inmóviles.

Y comenzaron el camino, camino de horror en el cual, aun en su vejez, ella no podía pensar sin gemir de angustia y sin crispas los puños con desesperado dolor. Iban por las anchas calles desiertas que ella reconocía recordando las descripciones que Börje le había hecho. Le parecía que volvía a ver a antiguos amigos en la iglesia oscura y las casas de adobe, todas de igual altura. Pero ¿dónde estaba la puntiaguda techumbre y la escalera con su balaustrada?

Börje le hizo una ligera señal con la cabeza, como si hubiese adivinado sus pensamientos.

—Es lejos todavía,—dijo.

—¡Ah! ¡Hubiese tenido él más piedad! ¡Ojalá le hubiese matado de una vez su ilusión! Si le hubiera confesado todo en ese momento, ella le amaba tanto que su corazón no habría guardado ningún rencor contra él. En cambio, le veía crecer su angustioso temor de ser engañada y continuaba engañándola...

Eso le había hecho sufrir demasiado y jamás podía perdonárselo. La persistencia en mentirle había dejado caer en su corazón un hielo que el amor no pudo deshacer nunca.

Cruzaron el pueblo y avanzaron por la llanura. La joven vio fosos oscuros y altos paredones de tierra cubiertos de césped, recuerdos de que en otro tiempo rodeaba al pueblo un sistema de fortificaciones. Esos paredones y fosos se unían alrededor de una fortaleza y allí se elevaban grandes torres grises y algunas casas de aspecto antiguo. Ella dirigió hacia ese lado una mirada tímida, pero Börje tomó el camino de la derecha y siguió caminando junto a uno de los paredones.

—Es para ahorrar camino,—dijo, al ver que su mujer titubeaba en la huella del estrecho sendero.

Se había puesto taciturno. La joven comprendió después que él juzgaba penoso llevar a su mujer a una misera choza, que ya no creía envidiable haberse casado con una mujer de condición superior a la suya y que tenía miedo de lo que ella haría cuando supiera la verdad.

—Börje, ¿adónde vamos?

El alzó la mano y señaló el caserío donde vivía su madre, en la choza de la colina de arena. Pero ella creyó que le indicaba una de las prósperas granjas que se veía a orillas del llano, y recobró la confianza.

Poco después bajaban por un desierto prado y la angustia se apoderó otra vez de ella. Ese lugar donde cada mata de hierba halaga a los ojos que saben mirar, por su riqueza y su variedad, le pareció una ciénaga. El viento que silba allí constantemente, le murmuraba palabras de desgracia y de traición.

Börje apuró el paso. Llegaron por fin al límite del predio desierto y entraron en el caserío. En los últimos momentos la joven no se había atrevido a hacer ninguna pregunta, pero al ver una nueva hilera de casas cobró valor. ¡Tal vez... tal vez no le hubiese mentido! Sus esperanzas habían sido sacudidas tan duramente que hubiera entrado, con una sensación de alivio, en una de esas casitas pulcras donde se veía flores y cortinas blancas detrás de los vidrios. Y lamentó verse obligada a pasar delante...

De pronto, divisó, allá al final del caserío, una choza misera. Sintió como si la hubiera visto con los ojos del espíritu antes de verla en la realidad.

—¿Es allí?—preguntó, deteniéndose al pie de la colina de arena.

Su marido inclinó la cabeza y continuó caminando hacia la choza.

—¡Espera!—gritó ella. Es preciso que nos expliquemos.

Börje se volvió.

LOABLE ASPIRACION



Para qué hubiera querido ser un ángel durante media hora.

—¿Has mentido!—continuó Astrid con acento amenazador. Me has engañado. Has hecho algo peor que lo que habría hecho mi mayor enemigo. ¿Por qué?

—Quería casarme contigo—repuso Börje en voz baja e indecisa.

—¿Si por lo menos me hubieses engañado de otra manera! Pero ¿por qué me llenaste la cabeza de esas ideas de riqueza? ¿Por qué hablaste de sirvientes y de arcos de triunfo? ¿Creías que el dinero me importaba tanto? ¿No sabías que te amaba lo bastante para seguirte a cualquier parte? ¿Y pensar que has sido capaz de sostener tus mentiras hasta el último momento!

—¿No quieres entrar a hablar con mi madre?—murmuró Börje, en su confusión.

—¿No he de entrar ahí!

—Entonces ¿piensas volverte a tu pueblo?

—¿Acaso puedo hacerlo? ¿Acaso puedo causar un dolor tan grande a ellos que me creen feliz y rica? Pero no me quedará en tu casa. Quien sabe trabajar puede ganarse la vida.

—¿Quédate! ¿quédate!—suplicó él. He hecho todo eso sólo por tenerte a mi lado.

—Si me hubieras confesado la verdad al principio, me habría quedado.

—Si, te hubieras quedado si yo, siendo rico, te hubiese hecho creer que era pobre.

La mujer alzó los hombros, sin responder, y se disponía a marcharse cuando se abrió la puerta de la choza y apareció la madre de Börje. Era una viejecita toda encogida, con pocos dientes y muchas arrugas, pero menos vieja de alma y de años que de aspecto.

Probablemente había oído una parte de la discusión y había adivinado la otra parte, pues conocía bien a su hijo.

—Esta es, sin duda, la nuera de buena familia que me traes, y según veo otra vez has hecho de las tuyas con tus mentiras.

VIDA SOCIAL



—El diario dice que tu mujer presidirá mañana a la noche la asamblea del Club Iemenino...
—¡Ah, sí! ¿y no dice qué va a hacer esta noche?

Se acercó lentamente a Astrid y le acarició la mejilla.

—Entra conmigo, hijita. Debes estar muy cansada. Esta cabaña es mía. El no ha de entrar. Ven. Ahora eres mi hija y no te dejaré ir con los extraños.

Acariciaba a la joven y la empujaba muy suavemente hacia la puerta. Al fin, Astrid entró; pero Börje se quedó afuera. Entonces la vieja le preguntó quién era, y cómo habían pasado las cosas, y al oírle contar lloraba por la joven; Astrid misma no pudo contener las lágrimas. La vieja juzgó severamente a su hijo. Astrid tenía razón: no podía vivir con un hombre como él. ¡Mentía tanto! Pero era gallardo de cuerpo y hermoso de cara. Cuando era pequeño, su misma madre se asombraba de que fuera hijo de pobres. Era como un príncipe extraviado. Jamás había sabido acomodarse a su condición. Todo lo veía en grande, y cuando estaba en juego su amor propio perdía toda prudencia. Su madre había llorado muchas veces por ese defecto. Pero hasta entonces sus mentiras no habían hecho mal a nadie. En el pueblo lo conocían y burlábase de él. Es cierto, también, que esta vez el muchacho había debido sentirse tentado con mucho motivo.

¿No era extraño que ese hijo de pescadores supiese engañar así a las gentes? ¿Astrid había pensado en esto? Estaba tan bien enterado de las cosas y costumbres de la gente rica que se diría que había nacido entre ella. Sin duda, era un extraviado en la vida y la prueba, está en que nunca se le ocurrió la idea de casarse con una mujer de su misma clase.

La vieja hablaba continuamente. Astrid la escuchaba en silencio.

—Ya ves—siguió diciendo—no he podido quitarle la vanidad y esa necesidad de jactarse, pero acaso lo consiga otra más hábil que yo. El muchacho es bueno y capaz: vale la pena intentar reformarlo... En fin, te dejaré ir mañana, te lo prometo.

—¿Dónde irá a pasar la noche?—preguntó de pronto Astrid.

—Creo que se tenderá ahí afuera, en la arena. No tendrá valor para alejarse.

—Será mejor que entre—dijo Astrid.

—No, hija mía; no te agrada estar delante de él; además no le hará nada de mal pasar una noche afuera. Le daré un cobertor.

En efecto, pasó la noche tendido en la arena. Por la mañana, muy temprano, la vieja lo mandó al pueblo para que Astrid no le viese. Y volvió a hablar largo rato con la joven. No la retenía por la fuerza, sino con sus palabras, no por la astucia o las maneras insinuantes, sino con una verdadera bondad.

Cuando por fin logró que su nuera se resolviera a vivir con su hijo y vio reconciliados a los recién casados, cuando por fin persuadió a Astrid que su vocación era precisamente la de ser la mujer de Börje y hacerle todo el bien que pudiera—y esto no fué obra de un día ni de una semana—la pobre vieja murió.

En esa vida continuamente llenada por la preocupación del hijo, Astrid veía por lo menos una idea; pero nada igual veía en la suya. Pocos años después de casados Börje pereció ahogado; su único hijo había muerto en edad temprana. No había conseguido cambiar el carácter de su marido; no había podido enseñarle a ser sincero y veraz. Pero, en ella, la vida había realizado cambios profundos. Astrid se había asimilado a los pescadores cada vez más. No quiso volver a ver a ninguna persona de su familia, pues sentía vergüenza de parecerse en todo a las mujeres del caserío. ¿Para qué había servido su existencia? Ganábase la vida componiendo las redes de los pescadores; pero no sabía para qué vivía. ¿Si por lo menos hubiese hecho a un solo ser feliz o mejor!

Jamás se dijo que la que consideraba su vida como fracasada porque no hizo bien a ninguna criatura humana, salva quizás su alma por esa humilde idea...

Selma LAGERLOF.

De todos los reyes, el que más tiempo se sentó sobre el trono fué, sin duda alguna, el rey de Francia Luis XIV, de la casa de Borbón, empujando en 1643 y acabando en 1715, o sea la friolera de setenta y dos años; a éste siguen: Carlos III (duque de Lorena) en 1545, con sesenta y ocho años; Victoria I de Inglaterra, con sesenta y cuatro; Amadeo VIII (rey de Cerdeña e Italia, y gran duque de Saboya) en 1391, con sesenta; igual que éste, Jorge III de Inglaterra y Cristian IV de Dinamarca; con un año menos Luis XV de Francia, y con cincuenta y seis Enrique III de Inglaterra.

A estos siguen: Rogerio II y Federico I, ambos de Sicilia; Enrique VI de Inglaterra, y Alfonso II "el Casto", cuyos reinados no bajan de medio siglo.

EN HONOR DE AMADO NERVO

Como un afectuoso homenaje hacia el inspirado vate mejicano, las direcciones de las revistas "Nosotros", "Ideas" y "Revista de Filosofía", decidieron obsequiarle con una comida, llevada a efecto el martes último, en el restaurant Ferrari.

La sencilla fiesta que congregara un núcleo de intelectuales, y transcurriera en un ambiente de amable simpatía, fué ofrecida por el señor Manuel Gálvez, en nombre de la revista "Nosotros". A continuación hablaron los doctores Carlos Ibarguren, en representación de la Sociedad Cooperativa Editorial Buenos Aires, José M. Moner y Sans, en nombre de la revista "Ideas", y Augusto Bunge. Tanto estos discursos, como las poesías que en honor del poeta recitaran la señorita Alfonsina Storni y el señor Carlos de Soussens, fueron muy aplaudidos. El obsequiado agradeció, en términos elocuentes, la demostración de que era objeto, y, a pedido general, declamó varias poesías suyas, con lo cual terminó la fiesta.



El poeta Amado Nervo (X), ministro de Méjico en la Argentina, y varios de los comensales que asistieron al banquete con que fuera obsequiado el distinguido escritor y diplomático.

EJÉRCITO DE SALVACIÓN



Parte de la concurrencia que asistió a la fiesta realizada el martes de la semana anterior, en el salón del Príncipe Jorge, con cuyo acto se dieron por terminadas las sesiones que venía celebrando el Congreso territorial del Ejército de Salvación. Durante la velada, a la cual asistieron sir Reginald Tower y Mr. Stimson, ministro de Inglaterra y embajador de los Estados Unidos, respectivamente, hicieron uso de la palabra los esposos Palmer, coroneles de la benéfica institución.

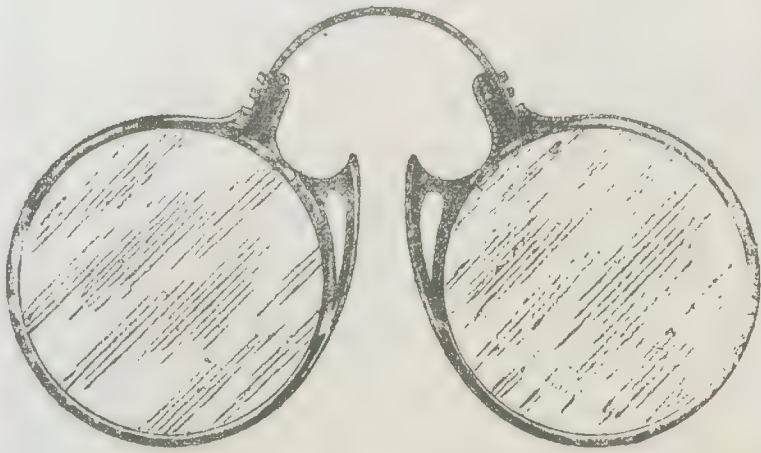
SEGUNDA CONVENCION DE LAS ASOCIACIONES CRISTIANAS DE JÓVENES



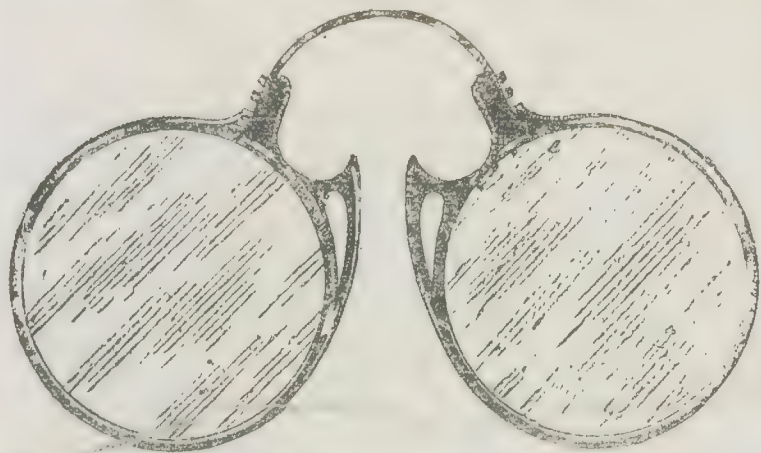
Cabecera del banquete efectuado el ocho del corriente, en honor de los delegados a la segunda convención continental de las asociaciones cristianas de jóvenes, y como complemento del programa de la primera sesión de los convencionales, realizada en el indicado día. La comida fué servida por un núcleo de jóvenes universitarios, socios de la institución, y al final del ágape hablaron los señores C. J. Ewald, doctor Joaquín Noguera Paraguaná, ingeniero Monteverde y doctor Ernesto Nelson.

ECOS DE LAS ELECCIONES DEL 23

LOS CUSPIDEADOS



Doctor Vicente C. Gallo, senador, radical tibiamente hipolitista.



Doctor José O. Casás, diputado ex jefe de policía de la Kausa.



Doctor Federico Pinedo (hijo), nuevo componente de la extrema izquierda socialista en la cámara joven.

CARLOS ROMEU



El aplaudido autor nacional que ha logrado un brillante éxito con su revista "El Peludo, diario de la noche", representada por la compañía Arturo Podestá, en el teatro Marconi.

En los últimos tres años ha escrito este fecundo autor unas veinte obras, en su mayoría revisadas, género que cultiva con preferencia, y de entre las cuales merecen recordarse "Lo que está bien, está bien", "La gran muñeca", "El boliche de don Nicolás" y otras de gran resultado para los intérpretes y empresarios.

Ahora el señor Romeu acaba de obtener un señalado triunfo con su última revista "El Peludo, diario de la noche", que estronó el jueves 27 del pasado la compañía Podestá, y que está subiendo a escena dos y tres veces por día. Por su carácter especial y por su título, la obra mencionada ha dado motivo a una manifestación de desagrado, por parte del elemento radical, que en el teatro exteriorizó su protesta en forma tumultuosa, dando lugar con ello a que se repita el caso de propaganda que ocurrió en el Buenos Aires con "Don Azenor Saladillo".

"FRAY MOCHO" EN CHILE



El señor Atilano Sotomayor, director de la importante revista chilena "Sucesos", de Santiago de Chile, con nuestro redactor e inspector viajero, señor Mariano J. Zambonini, en franca y amena conversación.

NUEVO ARDID DE GUERRA



Vagones de ferrocarril disimulados con ramajes por los checo-eslovacos, en los cuales se ha instalado poderosas baterías de ametralladoras.

La representación socialista en la legislatura bonaerense



José P. Balliño.



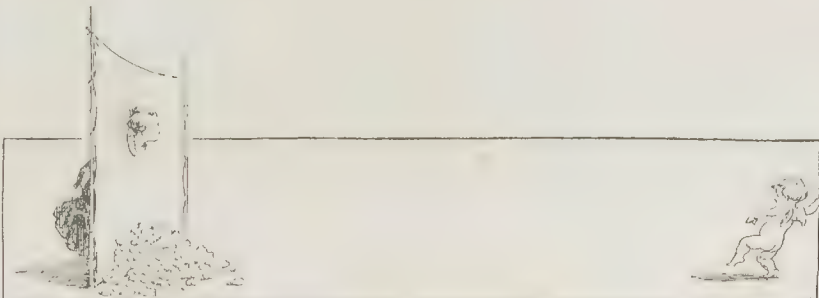
Jacinto Oddone.



José M. Lemos.

Diputados provinciales, recientemente electos.

El flirt



LOS DERECHOS DEL PERÚ



Aspecto que ofrecía la sala del Prince George's Hall, durante la fiesta organizada por el comité universitario pro defensa de la paz de América y de los derechos del Perú. El acto, al que asistió una numerosa concurrencia, adquirió las más brillantes proporciones, y durante su desarrollo hicieron uso de la palabra los señores Ramón F. Vázquez, presidente del comité organizador de la velada; doctor César Sánchez Aizcorbe, director de "La Voz del Perú"; doctor Alfredo L. Palacios y don Amado Nervo, ministro de Méjico en la Argentina, quienes pronunciaron elocuentes discursos que fueron ovacionados por los oyentes. Las señoritas María Elena Schneider y Sara Pérez Ballesteros, realzaron la fiesta con su inteligente concurso artístico.



La comisión organizadora de la fiesta, en el escenario del Prince George's Hall.



El doctor César Sánchez Aizcorbe, uno de los oradores más aplaudidos, pronunciando su discurso.

"FRAY MOCHO" EN ROSARIO



Recepción del señor ministro de Francia, en la jefatura política del Rosario, durante la reciente visita que dicho diplomático efectuara a la nombrada ciudad.



Público estacionado frente a las pizarras del diario "La Capital", siguiendo las alternativas producidas en el escrutinio de las elecciones metropolitanas.

DE UN VIAJE POR LA PATAGONIA



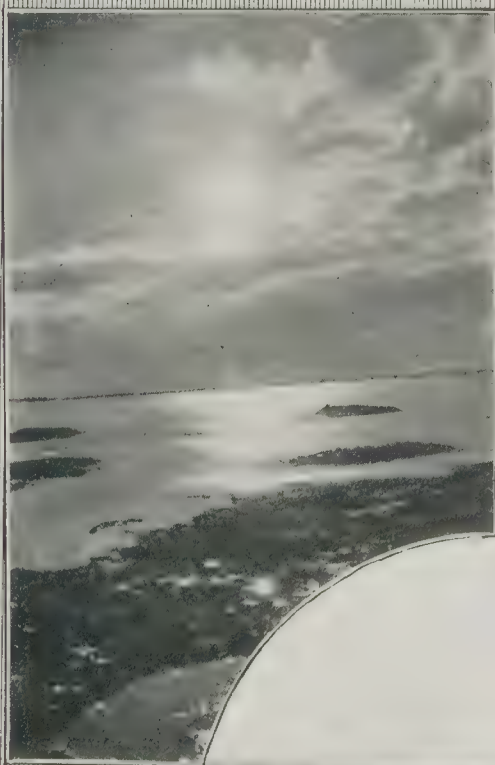
Comodoro Rivadavia.—Vista del hotel situado en Cañadón Ferrari.



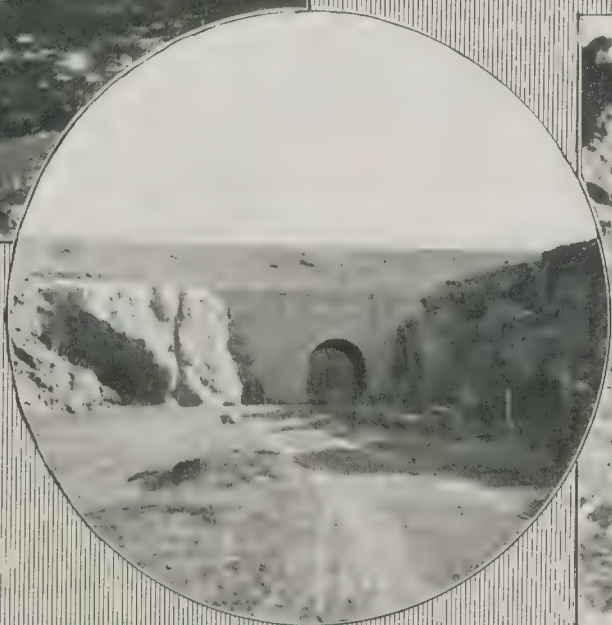
San Antonio Oeste. — Uno de los automóviles locales, en viaje hacia Patagones.



Comodoro Rivadavia.—El edificio del resguardo.



Puerto Deseado. — Una puesta de sol.



Viaducto del ferrocarril de Puerto Deseado a Las Heras.



Puerto Deseado.—El Cañadón de las Bandurrias.
Fots. del señor Bartolomé Zambonini.



Celia Lanaro
Dama joven de la
compañía nacional
del teatro Boedo



Julia Alonso
Tiple cómica de la
compañía nacional
del teatro Boedo



Eulalia Laplana
Actriz del teatro
Buenos Aires



Carmen Giménez
Actriz del teatro
Buenos Aires

Football

PARTIDOS DE
COMBINADOS

Como vermouth del campeonato sudamericano a disputarse este año en el Brasil, se están jugando entre nosotros, varios partidos de combinados, de los cuales habrá de surgir el team definitivo.

Estos preparativos tienen, como es natural, preocupada a la gente de football que hace ya su cálculo de



Team Rojo, que actuó en el primer partido de combinados, en el field del club de Gignasia y Esgrima.



Esta, a semejanza del terrible cuarto oscuro—terrible para los candidatos—ha de producir más de una sorpresa a muchos, y el lector podrá apreciar fácilmente la magnitud de la honda decepción que habrá de apoderarse de aquellos, que anticipándose a las realidades tangibles de la vida, hayan preparado su equipaje por las dudas.

¡Cuántas ilusiones se desvanecerán! ¡Cuántos proyectos han de quedar en el lírico terreno de las teorías! ¡Cuántos dolores de cabeza!

Y todo, ¿por qué? Por este bendito y muy popular football, que es ya una parte integrante de nuestras costumbres domingueras.

Isola, interviniendo. Reyes hace una suave "tomadita" de camiseta a Clarke, en tanto que Mattozzi y Taggino permanecen a la expectativa.

probabilidades y emite su opinión respecto a los futuros designados.

En este caso, y tal como suele ocurrir en la política, más de uno se cree con títulos y condiciones para ser "candidato", y conseguir la tan anhelada "representación nacional", en un torneo deportivo donde el triunfo será disputado entre argentinos, brasileños y uruguayos. Por eso, pues, la mayor parte de nuestros jugadores, viven en la actualidad los clásicos minutos de los que se creen en trance de ser electo.

Veremos más tarde, qué es lo que dicen, los sufragios de la comisión seleccionadora.



Equipo Azul. Tomó parte en el segundo match. Faivre, Blanco, Castagnola, Badalini, Mattozzi, Reyes, Isola, Hospital. En primer término, Perinetti y Cortella.



En procura de la pelota y con perspectivas de hacer un "looping".



Una escena del primer partido. Los rojos al freno...

DEL ÚLTIMO CORREO



León Trotzky, ministro de guerra y marina del gobierno maximalista ruso, arengando a la multitud desde un balcón del cuartel general del soviet, en Moscú.



La portada del palacio imperial, de Berlín, después de los recientes disturbios.



Yankis de "papier maché", original pieza de camouflague que resultó muy eficaz, pues estos muñecos sirvieron para atraer el fuego enemigo, con lo cual fué éste localizado.



La plaza frente al soviet de Moscú. En el centro de ella existía antes de la revolución una estatua de Skobelev, que fué derribada para erigir en su lugar un gigantesco cubo de madera cubierto de paño rojo con inscripciones maximalistas.



BODAS DE PLATA DE "LA VANGUARDIA"

Un cuarto de siglo de existencia y, por consiguiente, de prédica política, acaba de cumplir nuestro colega "La Vanguardia", tenaz y animoso órgano oficial del Partido Socialista en la República Argentina.

Fácil es adivinar, a través de esos cinco lustros de vida periodística, cuán grandes esfuerzos y qué improba labor habrá realizado en pro de los ideales políticos que le dieran vida, y a los cuales ha consagrado toda la eficacia de su acción.

Su elevada prédica y sus sanas campañas, fueron conquistándole autoridad y prestigios indiscutibles, hasta con vertirle en una de las más firmes columnas del Partido Socialista, cuyos sonados triunfos se incubaron al calor de sus páginas.

El club "Bernardino Rivadavia" quiso festejar el acontecimiento que nos ocupa, y, al efecto, organizó un banquete que se realizó el lunes de la semana anterior, en el salón de la "Casa Suiza". El acto, que transcurrió en un ambiente de francas expansiones, sirvió para poner de manifiesto el entusiasmo que reina entre los elementos del partido, y para dar ocasión a que varios oradores enalteciesen con justicia la obra cultural realizada por "La Vanguardia".

Enviamos al colega nuestro cordial saludo, junto con los mejores votos por su creciente prosperidad.

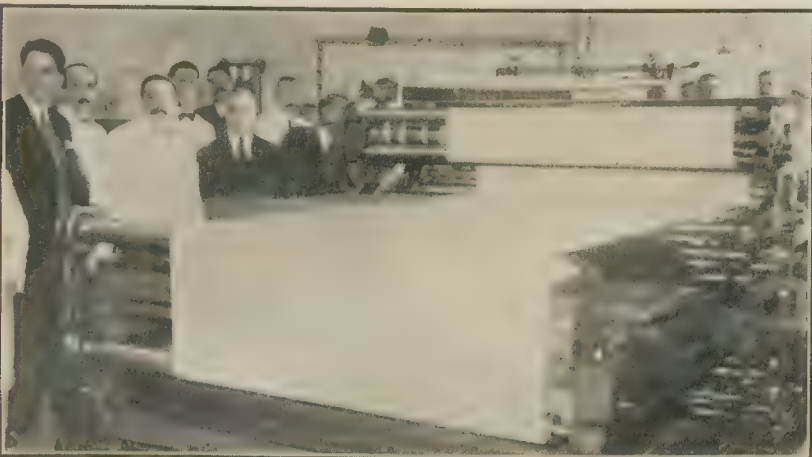


Cabecera del banquete con que se celebró el vigésimo quinto aniversario del diario "La Vanguardia". En el sitio de honor aparecen los señores Enrique Dickmann, director del periódico; Esteban Jiménez, subdirector; José Rouco Oliva, secretario de redacción; la señora Juana María Begino, diputados nacionales, Nicolás Repetto y Augusto Bunge, y concejales Angel M. Giménez, Adolfo Dickmann, González Iramain, etc.



Vista general de la mesa.

"FRAY MOCHO" EN EL PARAGUAY



Inauguración de la primera máquina rotativa introducida en el Paraguay, y adquirida para los talleres del diario "La Tribuna", importante órgano asunceño.



El presidente de la República, doctor Manuel Franco, acompañado del diputado Goiburú, dirigiéndose a la apertura del Congreso Legislativo.

CABAYÚ CUATÍA

(Leyenda correntina)

Allá en el año 1840, cuando la hoy ciudad de La Paz, de la provincia de Entre Ríos, era apenas un pequeño pueblecito habitado casi en su totalidad por familias correntinas, cuenta la tradición que aquella buena gente, llena de supersticiones y credulidades, vióse en cierto día sorprendida por un sensacional suceso que no sólo causó general admiración, sino que había de pasar a la posteridad por medio de una leyenda en extremo peregrina.

El asistente del coronel don Antonio Ezequiel Berón de Astrada, primer jefe político de La Paz, correntino como su superior y que era el depositario de toda la confianza de aquél, haciendo uso de toda la franqueza que para con su jefe le era peculiar, en cierto día, montó el soberbio tordillo blanco, suntuosamente enjaezado, lleno de relumbrones del plateado apero, y, caballero paseante de buen tono, creyó conveniente aportar su lucida humanidad por la tradicional y siempre concurrida "cancha" de carreras.

Ferviente lector del "sacratísimo corán" de 40 hojas, y sin pizca de moneda en la faltriquera de su negro chaleco de merino, no teniendo recurso a que acudir para saciar sus ansias de hacer un "apuntecito al monte", echando a espaldas miramientos y responsabilidades apeló a las prendas y caballo de su jefe que el "aviador" sin el menor escrúpulo tomó en empeño, y todo junto, en breves instantes, pasó a extraño poder, porque Tunicho, como se apellidaba por sobrenombre nuestro héroe, decía: aicó-aigüé (1).

Por trastada semejante, nada inquieto, "el cumplido" asistente a la casa de su jefe se dirige, quien al verlo llegar sin caballo le interroga:

—Tunicho, ¿y el tordillo plateado?

—Ahá nicó amboyhú, ha zapihante osapumuy el cabayú, hanosevei che rubichá (2).

—¿Por qué me engañas? Si se hundió, ¿por qué no tiraste de la sogá y lo sacaste?

—Ady catuy ano hé, che rubichá, ayekeiyco, ha osó che cabestro (3).

Y quiso que no quiso el coronel, tuvo por fuerza que conformarse con tal afirmación, no sin dejar de tragar con inocente sencillez la audaz treta de su infiel servidor, treta que con celeridad pasmosa cundió por la población entera, y alrededor de la cual, llena de aspavientos, la gente bordó los más graciosos comentarios.

Desde aquel día, raro era el habitante de dicho pueblo, que no afirmara con la más profunda convicción, que en el hoy arroyo de Las Piedras, importante brazo del caudaloso Paraná, que murmurante y cariñoso atraviesa las floridas quintas, y perfumados jardines que rodean a la pintoresca ciudad de La Paz; a la hora del crepúsculo vespertino, en esas tardes brillantes llenas de alegrías, colores y perfumes en que el astro rey tendiendo allá en el infinito espacio su ancha hamaca de topacio y grana, nos envía sus últimas caricias; en esa hora llena de vida y de hermosura; en un recodo profundo del arroyo de Las Piedras, y acariciado por la cristalina y ondulada corriente, se mostraba piafante y lleno de bríos hermosísimo caballo que reflejaba todos los espléndidos colores del arco iris.

Esa fué la causa por qué el transparente y manso arroyo, hoy llamado Las Piedras, fuera en aquellos tiempos bautizado con el nombre de "Cabayú Cuatía."

Luis M. CORA.

(1) Ando en las malas.

(2) Fui a darle de beber y repentinamente zambulló el caballo y no salió más, mi jefe.

(3) No pude sacarlo, mi jefe; tiré, pero se cortó el cabestro.

EL CONSUELO DE LA MALDAD



El gallo francés.—Aunque llegue a reconquistar todo esto, no voy a hallar nada de comer.

(De "Der Brummer", de Berlín, una de las pocas caricaturas que han salido de Alemania después de firmado el armisticio.)

El miedo de vivir

El miedo de vivir —dice Bordeaux— es una enfermedad que hace principalmente estragos en sociedades como la nuestra, de antigua civilización; los síntomas de esta tisis moral pueden parecer contradictorios, pues hay dos modos de tener miedo a la vida, como hay dos especies de egoísmo.

La primera y más frecuente ha sido denunciada por el Dante, y marcada en el tercer canto del "Infierno" con su desprecio; es la especie de las "tristes almas que vivieron sin censura ni alabanza", como las de los ángeles que no fueron fieles ni se rebelaron como Luzbel y a los que ni Dios ni Satanás admiten en su compañía; los seres más despreciables y más desdeñosamente tratados en

"La Divina Comedia": esos apenas han vivido; han tenido "miedo de vivir". La otra especie la forman los que sólo aceptan la vida a beneficio de inventario, siempre que satisfaga su fin personal de goce o ambición, pudiendo tomar por divisa la célebre definición de Mérimée: "la vida es un tapete verde donde no se divierte uno sino mientras se juega fuerte". Analicemos ambas especies de tisis.

El miedo de vivir consiste precisamente en no merecer alabanza ni vituperio; es el cuidado constante de la propia tranquilidad, evitando todo peligro, fatiga, pasión, entusiasmo o sacrificio; es el egoísmo pasivo que se encierra en la mezquindad de una existencia sosa e incolora. Ese miedo es el que inspira al joven en la elección de una carrera haciéndole elegir el funcionariado, con el modesto sueño de un retiro pacífico; es

el que mantiene en el celibato a muchos solterones, cuando no les aconseja un matrimonio de interés; es el que produce el temor de los hijos y la economía de paternidad; es la causa de las abstenciones electorales en los partidos moderados del desdén que sienten por la política las clases medias, como si pudiera prescindir de la política, y como si de los males que se la achacan no fueran los primeros culpables los que se encierran en la inacción de su egoísmo, contentándose con murmurar desdeñosamente con aire superior de los asuntos públicos. "No quiero ver la enfermedad ni la muerte—dice a su marido Hedda Gábler, la heroína más morbosa de Ibsen;— evítame el espectáculo de todo lo que sea feo"; y esta estética persona, en el momento de matarse por hastío, después de haber vivido para sí misma, nota que el ridículo y la bajeza han manchado como una maldición cuanto ha tocado en su vida.

El miedo marca en el rostro a esa nueva raza de jóvenes que sólo parecen cuidarse de su salud y que, aun no digiriendo sino con ayuda de aguas minerales, no abren la boca sino para criticar y denigrar, no alaban nada, no aman nada, no desean nada, como si tuvieran en las venas sangre de pescado.

La otra forma del miedo de vivir no teme el esfuerzo, la fatiga ni la batalla, siempre que el objetivo sea el goce. Don Juan es la más brillante encarnación de este egoísmo audaz. Es la energía de los bandidos; y en los negocios, en la política, en sociedad, se encuentran hombres y mujeres que no quieren obtener de la vida más que goces, arrojándola después como una naranja estrujada que ha soltado todo su jugo. El romanticismo, al proclamar el derecho a la pasión, a la dicha y a la libertad, alentaba este desarrollo de la fuerza individual; hoy lo alienta otro romanticismo—el feminismo exagerado—y el individualismo ha encontrado su filósofo en Nietzsche, con su superhombre.

Pero ¿no es paradójico llamar "miedo de vivir" a la doctrina que glorifica la vida y dobla su intensidad? No; porque los que tienen miedo de vivir quieren vivir como el niño del ovillo del cuento, tirando del hilo de la vida de modo que sólo les ofrezca novedades y goces; y limitar la vida a la juventud es despreciarla, y temer o aborrecer la vida ordinaria es tener miedo a la vida, ya que es imposible que ésta se componga siempre de sensaciones extraordinarias.

Entre las manifestaciones de la enfermedad está la necesidad de divertirse. Hay que distraerse; y para ello, se compone uno un programa de diversiones inaguantables, y se convierte la existencia en un cinematógrafo; la vida no consiste en estar constantemente distraído, y no debe confundirse la acción con la agitación: la única verdadera energía es la disciplina.

Nacemos en estado de dependencia (de país, de raza, de medio, de educación, de fortuna, de salud), y esa dependencia hay que aceptarla resueltamente, y ese es nuestro primer acto de heroísmo. La voluntad, la energía, intervienen después para modificar nuestra condición natural mejorándola, y esa serie de esfuerzos realizados con tal fin es lo que da a la vida todo su valor. El dolor físico, especialmente, se nos ha hecho insuperable; pero ese dolor, como el moral, son completamente indispensables a la vida: antes del sufrimiento, apenas se distinguen los débiles de los fuertes. La energía permite soportar el fracaso, el dolor, el esfuerzo; es una fuerza preciosa que hay que disciplinarla. Tengamos fe en la bondad de la vida y aceptemos todas sus cargas y responsabilidades.

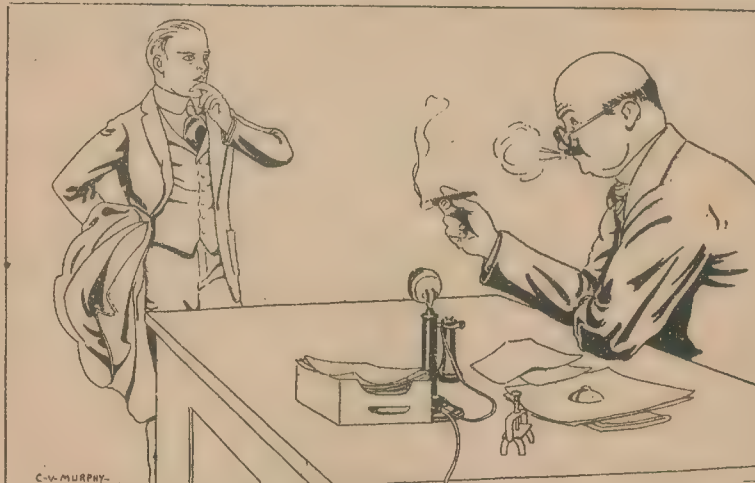
Mariposas valiosas

El Museo de historia natural de Londres recibió, no hace mucho, como regalo, una valiosísima colección quizás única en su clase. Es una numerosa colección de mariposas exóticas, perteneciente a cierto Mr. H. J. Adams, ya difunto, que perteneció a la Sociedad Entomológica y a otras corporaciones científicas y que gastó más de 200.000 pesos en adquirir este magnífico tesoro.

La colección consta de 150.000 ejemplares encerrados en sesenta y ocho armarios de caoba de preciosa construcción. Todos los ejemplares se hallan en perfecto estado y cada cual tiene su etiqueta detallando la localidad en que fué cazado.

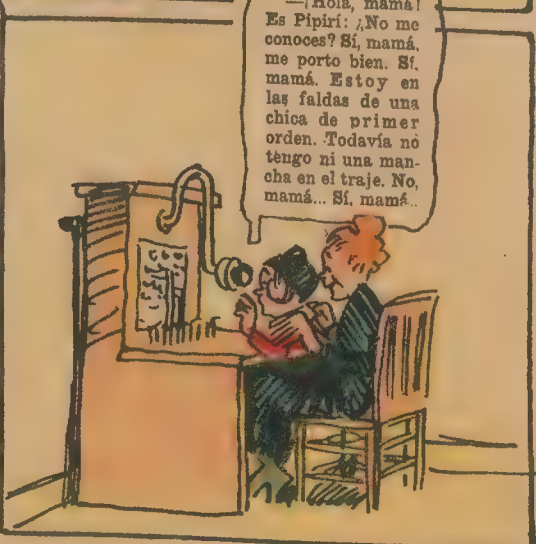
La colección es especialmente rica en ejemplares raros y bonitos.

VIDA SOCIAL



—¿Así que usted cree que va a poder mantener a mi hija con su sueldo de doscientos pesos?... Eso no alcanza ni para el alquiler.
—Este... este... Susana me dijo que usted no nos cobraría el alquiler.

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí



EN BREVE

anunciaremos el resultado del Concurso Obsequio que ha sido coronado con el éxito más extraordinario.



Las maravillosas propiedades embellecedoras de los deliciosos

Polvos Graseosos
LEICHNER

perfumados con las más exquisitas fragancias, se hacen cada día más populares entre las damas que cuidan de su belleza.

VENTA EN
TODAS PARTES

MENDEL y Cía.

Bolívar 879

Buenos Aires



DOS CASAMIENTOS

(CUENTO PORTUGUES)

Elena era hija de un profesor de idiomas. Guillermo era el mejor discípulo del profesor.

La situación del maestro en las nueve lenguas que sabía llamábase "pobreza". Y el discípulo parecía que se dedicaba a imitarlo, tanto en profesión como en desdicha.

El padre de Guillermo era un ex tendero de ropa hecha, quebrado, que había tenido que entrar de portero en casa de un vizconde que fué cajero junto con él en casa del mismo patrón.

Elenita cuando tenía diez años enmendaba las faltas de francés de Guillermo; a los doce enmendábale las de inglés y a los quince decíale a su condiscípulo en todos los idiomas que lo amaba.

El viejo profesor no caía en ello. Andaba preocupado en aumentar hasta ciento treinta mil vocablos al viejo Calepino, y ni siquiera levantaba la mano del impropio trabajo para pensar si su obra encontraría editor en Portugal. Tenía para sí que la Real Academia de Ciencias, avaluadora nata de los hechos inmortales del espíritu humano, tomaría a su cargo la impresión de los ciento treinta mil vocablos. Conseguido esto, el poliglota, gozaría de una dorada mediocridad en su gloriosa vejez.

Y entretanto, seguían queriéndose las pobres criaturas.

II

El profesor educó hasta los diez y siete años al hijo único de la viuda condesa de Prazins. A esa edad murió el discípulo; y la madre que lloraba siempre al hijo, no echó en olvido al maestro.

Elena solía pasar el verano en Cintra y el otoño en Pedroços, en compañía de la condesa, que rayaba en los treinta y siete años.

La hidalga pasaba sus mejores horas conversando con la graciosa e ilustrada Elena. Animada por la familiaridad con que era tratada, la hija del helenista confió a la condesa el secreto de sus amores.

La excelente señora se alegró mucho al ver aquella flor que entreabría la urna de sus perfumes.

—¿Y qué piensan ustedes?—preguntóle la hidalga.—Tú eres pobre y Guillermo también.

Por la primera vez pensó Elena en la pobreza, y le costó trabajo relacionar una cosa con otra.

—¿Qué tiene que yo sea pobre?—exclamó con sincera y recelosa curiosidad.

—Tiene, que su papá no querrá que su hija se case con un mozo sin empleo ni medios para sustentarla. Digale a Guillermo que trate de buscar una posición y después se casará con usted. Yo haré lo posible por conseguirle una colocación.

Elena, de asombrada que fué por aquel rayo de luz nueva, ni se acordó de besar las manos a la benévola señora.

Tomó cuenta del recado, y así que tuvo ocasión refirió a Guillermo lo que había pasado con la condesa.

Guillermo respondió llanamente:

—Ya había yo pensado en ello, Elena; supongo que tu padre, si le pido que me deje quedar acá para ayudarme en sus lecciones, me aceptará.

—Pues entonces pídeselo de una vez, Guillermo, para quedar tranquilos.

Cuando llegó la hora de la pregunta, el mozo titubeó y le flaqueó el ánimo para un acto que dos días antes juzgara tan sencillo. Había pasado desvelado una noche cavilando en la ventaja de ser rico y en los tropezcos materiales que se oponían a su amor. Agolpáronse esa noche a la memoria muchos versos latinos, sobre los inconvenientes de la pobreza, versos que había aprendido sin comprender bien el concepto aplicable a las situaciones de la vida.

III

—¿Qué te dijo papá?—preguntóle ansiosamente Elena.

—Faltáronme el valor y la palabra. Díjele por tres veces que deseaba ser su hijo y no salió de ahí, esperando que me pidiera una explicación al notar mi empacho. Pero no; sonrióse, y a la tercera vez me dijo:

—¿Desearías ser hijo mío para heredar mi Horacio de 1629? ¿y mi Tucídides de 1731? ¡No seas tonto, Guillermo! Más te convendría ser hijo del chancho que vive allí enfrente! ¡Tú no sabes aún lo que es ser pobre!

Estas palabras acabaron de desanimarme. Paréceme que encierran la contestación de tu padre si ha llegado a adivinarme el pensamiento.

Elena vió aguarse los ojos de Guillermo, y díjole cariñosamente:

—No te desalientes, que yo le hablaré. Ten esperanza, amigo mío. Voy a ver si papá salió ya del escritorio.

—Aquí estoy, Elena—dijo el profesor entrando.

La hija y el discípulo palidecieron.

—Dime aquí lo que tenías que decirme, hija—agregó tiernamente el helenista.

La cara de la niña pasó del blanco al escarlata. Balbuceó algunos monosílabos que su padre parecía escuchar atentamente, con aire de persona muy interesada en la revelación de un secreto; pero lo que Elena decía era ininteligible, aunque demasiado lo entendía el viejo.

—Si no hablas tú, hablaré yo por ti—le dijo.—Te has criado junto con Guillermo. Le tienes cariño. Eres como su amiga, como su hermana, y deseas ser su esposa. Hija, has elegido bien: Guillermo es un mozo inteligente, estudioso y de juicio. Hija, has elegido mal: Guillermo es un mozo pobre, sin oficio y sin pillería para suplir la falta del oficio. No te dejes casar porque un padre no consiente que su hija sea desgraciada.

Guillermo ha dado pruebas de tener buenas cualidades; pero le falta la prueba esencial: fáltale probar que es honrado. Un hombre honrado no sacrifica el bienestar de una niña a los deseos de su corazón. Guillermo, antes de pedirme novia, debió de haberse colocado de modo que no tuviese yo que preguntarle si tiene con qué dar de comer a mi hija y a mis nietos. El corazón de un mozo honrado, antes de imponer placeres impone deberes. He contestado. Ya sabe, pues, mi discípulo lo que tiene que hacer si quiere continuar mereciendo mi paternal estimación.

IV

Elena, deshecha en lágrimas, fué a desahogar su congoja en brazos de la condesa de Prazins.

La condolida señora comenzó desde aquel momento a escribir cartas a todos sus amigos pidiendo una colocación para Guillermo da Costa. Algunos le contestaban preguntándole por las habilidades del pretendiente.

Informábase la hidalga que su protegido sabía el griego, el latín, el alemán, el inglés, el francés, y otras ciencias de los estudios secundarios.

Y al cabo de dos meses de empeños y solicitudes, descubrióse que el país no tenía ningún puesto en el que se pudiera ejercitar las aptitudes de Guillermo da Costa.

Todos los cargos públicos estaban distribuidos entre personas idóneas que no poseían ninguna de aquellas habilidades.

Resolvióse la condesa a hablar personalmente con el director de la aduana de Lisboa, caballero muy amable, que ofreció al mozo tan bien apadrinado un puesto de guarda-supra, con trescientos sesenta reis (1) diarios. El pretendiente se informó de su quehacer y supo que consistía en ayudar a cargar y descargar fardos en los depósitos de la aduana. Consultó sus débiles fuerzas y declinó en manos de la condesa su nombramiento, ya en sí pesadísimo fardo de ignominia.

Elena lloraba, la hidalga estaba furiosa con sus conocidos, y Guillermo caía en cama con fiebre y sincero deseo de morir.

Entretanto, concluía el profesor la reforma del Calepino y solicitaba de los socios de la Real Academia de Ciencias la publicación de su trabajo. A lo que le contestaban que el privilegio de las publicaciones por cuenta de la Academia era regalia de los escritores que ya eran académicos efectivos. Uno de éstos, movido por sentimientos de humanidad, propuso como socio al distinguido poliglota profesor. Pero fué rechazado por mayoría de votos, puesto que en la misma sesión habían admitido a un poeta que había escrito dos poesías *A un ángel*, cua-

(1) Treinta centavos oro.

tro a la brisa de la tarde y una oda natalicia que era un ditirambo a la esposa del socio proponente.

El profesor cayó también con fiebre y deseó también morir sinceramente entre las llamaradas de sus manuscritos.

Guillermo mejoró y fué a velar a la cabecera del padre de Elena. Ayudábala a todo la condesa con bastantes recursos, por más que se tuviera que privar de algo para hacerlo. La viuda pleiteaba con sus cuñados por su herencia y corría gran riesgo de perderla. Así por lo menos pensaba la sociedad, y así cabalmente se explica que no diesen resultado sus trabajos para conseguirle un empleo a Guillermo. Lo cierto es que la condesa vivía sin fausto, y sin otras amigas que las menos ricas que ella, y sin más amigos que los resignados a amarla cabalados y respetuosos. Eran poquitos.

Restablecido ya el viejo de su fulminante enfermedad, Guillermo habló así en presencia de Elena y del maestro:

—Voy a ganarme la vida a otra parte. Dícenme que en Río de Janeiro es fácil conseguir un lucrativo empleo en algún colegio, y que con algunos años de trabajo podré ser propietario de un establecimiento de educación. Mi idea es llamar al Brasil a mi querido maestro, así que prospere. Ese será el mejor modo de vengarme de la patria, madre sin entrañas y sin regazo en que pueda un anciano recostar la faz y morir después de cuarenta años de profesorado.

—Ve, hijo mío—dijo el sollozando el viejo;—ve y llámame, que te llevaré la esposa.

Elena quiso llorar. El padre, enjugándole las lágrimas, exclamó:

—¡Ni una lágrima, hija mía... si es que tu llanto no es de alegría... si, de alegría! porque ¡bendito sea el Altísimo! ¡he aquí tres infelices honrados! ¡Tres es mucho, Dios mío!

V

Guillermo tenía que salir para el Brasil algunos días después, en buque de vela. El patrón de su padre costeó la mitad del pasaje y la condesa la otra, y el profesor vendió su Tucídides de 1773 y su Horacio de 1629, para comprar ropa blanca al ayenturero.

Cuando el mozo tuvo conocimiento de la venta de los preciosas ediciones, quiso rescatarlas. Rescatarlas... ¿con qué? Ofreció su sangre. ¿Para qué le servía su sangre al comprador de los dos libros raros? Ofreció el doble del dinero en que habían sido vendidos; con esto abundó un poco el librero ante el llanto del manco, y éste se devanaba los sesos pensando en el modo con que podría obtener cuarenta mil reis para darlos por los libros.

Salió de allí alucinado y fué en busca del capitán del buque. Contóle su vida, y al llegar al pasaje del rescate de los libros, el marinero soltó una estúpida carcajada y exclamó:

—Deje quedar los libros con todos los diablos, que yo no daba por ellos cuatro patacas!

Guillermo se mesó los cabellos, y el capitán atajó su furiosa y muda respuesta con esta blanda pregunta:

—¿Y qué quiere usted que le haga? Diga: ¿quiere que le dé cuarenta mil reis para ir a buscar los libros?

—Lo que yo quería—repuso Guillermo—es que me llevase como criado, como marinero, a pagarle allá, de cualquier modo, en fin, con tal que me restituya el dinero del pasaje.

—Rao no reza conmigo, sino con el propietario del barco. Entiéndase con él. Creo que el hombre, si usted le lleva fiador por el pasaje, le devolverá el dinero recibido.

Y Guillermo, con pocas esperanzas, fué a contarle al armador la historia de su vida.

Dió con un capitalista humano. Lo admitió a bordo sin fianza, y le devolvió los cuarenta mil reis.

Corrió el joven a rescatar los libros y se los llevó a bordo en su equipaje.

En la mañana del día de la partida concurrían al almuerzo de orden a bordo del barco el quebrantado profesor y su hija. Los pasajeros y la tripulación vieron en un rincón de la cámara aquel grupo formado por un anciano y dos existencias en flor, pero en flor desmayada, colgadas, como las mimosas del campo, del viejo tronco que arrastró de raíz el huracán. Vieron aquel grupo ahogado en gemidos, y pasaron como hombres hartos de ver llorar y que a fuerza de dudar el océano se decían que las lágrimas son indignas del hombre. Dióse el último abrazo en la escotilla. Estaba ya el profesor en el bote

ADMIRACION



—Dime, tío, ¿y los demás soldados te ayudaron algo para ganar la guerra?

con la hija entre los brazos, cuando Guillermo bajó al camarote, ordenando al bote que aguardara, y volvió a poco con los dos libros en folio. Bajó la escalera, entró en el bote y depuso en el regazo de Elena los dos libros, diciéndole:

—Dáselos a tu padre, amada mía; son dos amigos que le robaba.

El viejo, tembloroso, levantóse trabajosamente, y exclamó:

—¡El Tucídides y el Horacio! ¿Qué es esto, Guillermo?

—Llévalos sobre el corazón y me pesaban; así voy más aliviado, padre mío... Dulce me será el trabajo que emplee en rescatarlos.

Guillermo estiró las manos al maestro y a Elena, y huyó con los ojos empañados, viendo apenas la escalera por donde volvía a trepar a bordo.

VI

La quinta carta que el mozo escribía a Elena desde Río de Janeiro decía así: "Mi enfermedad avanza. Ni aun la disminución del trabajo me alivia los padecimientos. Deje de dar lecciones y conseguí pasar a tomar mejores aires en la chacra de un mi discípulo; pero aquí mismo los dolores al pecho son tales que ni me dan lugar para distraer el espíritu con la lectura. Sólo tus cartas me refrigeran, y me las sé de memoria, lo mismo que las de tu padre.

"Me ha ido mal con mis planes, mi querida Elena. Fueron sueños de infeliz. A haber tenido salud, no hubieran sido vanos mis proyectos; sin embargo, así, extenuado, caminando aceleradamente al término de mis infortunios, ¿qué he de hacer? Sería una crueldad llamarlos, para dejarlos en breve en tierra extraña, donde sólo vale el trabajo, y el desamparo es una situación sin igual en la escala de los suplicios.

"Ya es cosa segura para mí, Elena,

que no te volveré a ver más... Dicen los médicos que los aires de la patria me restablecerían; puede ser que el aire que tú respiras me reanimase: lo creo; pero ¿cómo ir en esta pobreza, desvalido, enfermo, y ya sin fuerzas ni voluntad para trabajar?

"Estás desligada de tu promesa, Elena. No mires mi imagen en tu futuro. Mira más bien en el cielo, que creo poder alcanzar con mi dolor paciente y la profunda fe que sembrara a una en nuestros corazones el religioso corazón de tu padre.

"Si la Providencia te diera otro apoyo en esta vida, acéptalo, que yo bendigo tu resolución.

"Creo que este desapego es ya el presentimiento de que todo se va deshaciendo entre nosotros, menos el espíritu inmortal, que desde aquí hasta el cielo te ve en todos los átomos del aire que me va matando y en todas las estrellas que me pregonan la obscura vanidad de esta vida.

"Tu padre necesita amparo, Elena, y tú eres digna del hombre a quien él pueda llamar "hijo" dignamente.

"No me olvides, no; pero no te sacrifiques a mi memoria, que yo no soy más que un recuerdo..."

Elena, que leía entre sollozos esta carta, al llegar a este período lanzó un estridente grito y perdió el sentido.

VII

La condesa de Prazins ganó su pleito y quedó rica.

En el mismo día en que se dictó la última sentencia, el viejo y su hija, muy apremiados por su mal cubierta miseria, dejaron la pobre casa en que vivían y se alojaron en el palacio de la condesa. Y en el primer paquete que zarpó, Elena envió a Guillermo una carta de la hija, que lo llamaba inmediatamente a Portugal.

CANDIDEZ



—Mi marido es un hombre amable. Sabe que mañana vendrá mi mamá a pasar unos días con nosotros, y quiere que el piso brille como un espejo.

Al mismo tiempo, Guillermo, aconsejado por el padre del discípulo que le prestara la chacra, salió de Río de Janeiro y se dirigió más allá de San Pablo, donde el clima es más seco. El mozo emprendía el viaje indolentemente, sin contar con los beneficios del clima; pero aun así, sentía un secreto impulso que lo decidía a seguir los dictámenes de la protectora amistad del comerciante.

A su salida de Río, Guillermo dejó cartas escritas para Portugal, en las que participaba su situación.

Del Paraguay volvió a escribir, confiando las cartas a un alemán que iba para Lisboa; pero el alemán naufragó y las cartas de Guillermo no llegaron a calmar las ansiedades de Elena. Las que salieron de Portugal con el llamado de la condesa, perdiéronse también entre la capital del imperio y la remota provincia para donde habían salido incautamente dirigidas. Sucedió, pues, que en el espacio de cinco meses los dos infelices no cambiaron palabra, a no ser que se hubieran encontrado en espíritu en algún oasis de su inmenso y solitario desierto.

¡Qué angustias de una y otra parte!

Cada uno de ellos tenía la casi certeza de la muerte del otro. El mozo, al salir de Río, había escrito a Elena: "Voy a buscar sepultura en mejor clima: allá hacia el sur la vegetación es más rica en flores, y el dormir eterno es arrullado por las cariñosas melodías de las aves. Las flores son un hermoso pañuelo para las tumbas: donde ellas exhalan su fragancia, debe dar menos asco la putrefacción de un cadáver."

Era, pues, justo que la pobre Elena lo creyera muerto cinco meses después de esta carta, ¡cinco meses de silencio sepulcral!

¡Ay! ¿cómo no moría aquella infeliz niña con tanto sufrimiento? ¿Qué esperanza le sostenía el tallo de la existencia, caída ya su única flor y sin retoños de primavera? Aquí es llegado el momento en que, guiada por la mano de Dios, la triste niña oraba siempre y esperaba cuando ya nadie espera.

VIII

Guillermo se encontró en Matto Grosso con un condiscípulo de latín recién llegado de Lisboa.

Le pidió noticias del maestro común, y las recibió muy tristes. Díjole el portugués que había ido a despedirse del profesor y se encontró con otra familia en la propiedad, y que nadie supo darle cuenta del sitio a donde se habían mudado el padre y la hija. De aquí conjeturó Guillermo que el padre había fallecido, y hallado la hija, en su orfandad y su miseria, refugio y auxilio en la caridad de la condesa de Prazins.

Su memoria fué tan rápida como pasajera. Tal vez se hubiera repuesto el joven a templarle un rayo de alegría los pulmones congelados por la glaciación de la vida. ¡Oh, cuántos prodigios obra el contento! ¡Cuántas veces la imprevisible mano de una mujer sostiene una lámpara que ya se inclina hacia el pecho de donde en golpes de sangre se escapaba el corazón! Un deber sagrado, la obligación de vivir para amparo de un hijo, sirve muchas veces de sostén a una existencia desahuciada. Afectos menos poderosos aún bastan para dilatar el horizonte de la vida a los desalentados dominantes de la sepultura. El arraigo de una esperanza que los alborozaba como al fatigado viajero del desierto la vislumbre de un grupo de palmeras, un recuerdo de lo que fué que, rompiendo las tinieblas del futuro, nos enciende en él una luz, a la que creíamos ya extinguida para siempre!... ¡En cuán tenues cosas escriban la vida y la muerte!

En los días de su dolorosa experiencia tuvo un amigo leal, la condesa de Prazins. Era éste un periodista. Los servicios que podía prestar a la viuda, acuada de plintos, consistían en preguntar por medio de la prensa los derechos de su causa. Por amor a la justicia de la ilustre dama, fué despedido de algunos diarios sobornados por sus contrincantes. Así que el escritor ponía por condición en los diarios donde entraba la facultad de abogar por los derechos de la condesa. Y la sociedad sin rebozo ni respeto señalaba al escritor como futuro esposo de la viuda.

El periodista Francisco de Alpoim visitaba mucho a la condesa cuando los parientes y amigos no la visitaban; pero se le vio raramente en los salones del festejado palacio y después que volvió-

El mejor coche de su precio

Overland

Para inmediata entrega:

Modelo 90, Cinco asientos

\$ 4000^{m/n.}



Cuatro Cilindros

Arranque y Alumbrado Eléctrico

:: Magneto de Alta Tensión ::

Modelo 85B, Siete asientos

\$ 4750^{m/n.}

P. A. HARDCASTLE

Plaza Mayo-Pasaje Overland-Bs. Aires

ron a surgir en ellos como por encanto los agasajos y las amistades. No pocas veces la opulenta Prazins apeábase de su carruaje en la puerta de la modesta casa del periodista y sentábase delante de la mesa del incansable obrero, consultándole sobre cosas de poca importancia, sólo con el objeto de obligarle a que le llevara la respuesta.

No hurao, pero receloso, Francisco de Alpoim nunca se hizo a pasar sus noches en los salones de la condesa. Pareceme que tendré que recurrir a lo absurdo para explicar con acierto el alejamiento del literato. Verdad es que sus méritos de defensor eran oro con liga; pero ésta era de la mejor ley. Alpoim amaba a la condesa desde que la vió en el estudio del abogado, donde el periodista practicaba. Mandado por su patrón, fué raras veces a su casa a consultarla, y a examinar títulos. En estas diligencias fuése enamorando de ella con una pasión profunda y respetuosa.

Ocurriósele muchas veces que la pérdida de sus pleitos igualaría a la hidalga con cualquier señora que no tuviera a menos ser esposa de un bachiller y escritor público. Este deseo, sin embargo, hacíasele odioso al recordar que había visto llorar a la condesa acongojada por el miedo de perder sus litigios, temerosa de verse completamente pobre. Y, por eso, ni en la pobreza ni en la opulencia la dijo que la amaba.

Pasmábase la hidalga, por su parte del desinterés (si no era orgullo) del literato, y buscaba el modo de premiarle delicadamente su dedicación, a la que creía deber hasta cierto punto el buen resultado de sus pleitos.

Elena miraba con estimación al escritor, y éste admiraba su belleza ornada con las galas de la melancolía.

La condesa, cuando se hallaba a solas con la joven ponderábale las cualidades de Francisco de Alpoim; y cuando estaba con él a solas, decíale de Elena con maternal cariño lo más que podría decirse de una hija o de un ángel.

Comprendió Alpoim y se desengañó de que no era amado. Lloró por muchas noches su desvanecida esperanza de cuatro años; pero aferróse al ancla de la dignidad, y se halló otro, caldeado en la fragua del sufrimiento. Lo que no puede el corazón, puede el carácter.

X

Cuando la condesa sondeó el corazón de Elena con respecto a Alpoim, encontró allí la imagen de Guillermo. Dejola llorar, hasta la incitó a que redoblara sus lágrimas; pero le recordó el propio desistimiento del joven, probablemente fallecido, y de este punto en adelante la obligó a mirar hacia el futuro, y la decía:

—Guillermo adivinaba la existencia de Francisco de Alpoim cuando te escribía: "Si la Providencia te ofrece otro apoyo en esta vida, acéptalo, que yo te bendigo esa resolución". Yo oro que en el pecho de Francisco de Alpoim palpita el corazón de Guillermo. Has encontrado dos ángeles en tu camino: acepta al segundo, ya que al primero lo ha llamado Dios.

—¡Guillermo ha de volver!—exclamaba Elena, con la ardiente vehemencia de su fe.

—No volverá, Elena.

—¿Entonces, está usted segura de que ha muerto?

—No... pero todas las probabilidades lo hacen creer.

Agregáronse a las razones de la condesa las instancias del viejo, a quien conocían las cualidades del mozo, aunque lloraba siempre la pérdida de su discípulo, Elena, que era una hija obediente y que sentía veneración por la protectora de su padre, cedió silenciosamente, contando con que la muerte no tardaría en librarla de lo violento de su situación, yéndose así del mundo sin haber dado un disgusto a nadie. Muchas damas me dirán que la moza fué débil...

Veamos: ponga cada cual la mano sobre la conciencia, y hágame ver las maravillas que yo no he descubierto aún en este barro que tan lindas facciones toma en la lectora y que es tan desairado cuando el más leve golpe lo deforma.

—¡Cosa extraña! El escritor, a fuerza de contemplar a Elena, pasó de la condoliente simpatía al amor profundo y caviloso. Conocía la corta historia de Elena, y anhelaba ser dueño de aquel corazón que palpitaba todavía por Guillermo. Y deseaba saber a ciencia cierta que la imagen de un muerto no le disputaba los sueños de la triste joven.

Confiaba a la condesa sus recelos y agradábase oírle decir que el tiempo cumpliría con su deber, que los muertos dor-

mirían en eterna paz y los vivos destruirían venturas.

Como se sabe, Elena era pobre; sin embargo, el bachiller no pensaba en ello. Su trabajo de escritor producía al mes unos cien mil reis (1) y se creía aún mucho más rico porque se sentía feliz.

La condesa no quería, por otra parte, que fuese Elena la única recompensa de sus grandes servicios. Pensó en dotarla; pero temió, con razón, lastimar la delicadeza de Alpoim. Inventó un billete de lotería, comprado en nombre de Elena; y pasado el sorteo, le adjudicó un premio de diez contos, cuya veracidad nadie pensó en averiguar.

XI

Estaba ya marcado el día del casamiento, y Elena esperando. Francisco de Alpoim ocupábase entusiastamente en amueblar su casa, con todas las poéticas condiciones de la vida doméstica. Pensaba en las delicias del trabajo teniendo un ángel inspirador al lado. Despidióse con tedio de las noches malbaratadas en los cafés, teatros y bailes, y mandaba arreglar un jardincito en los fondos de su casa, para que sus flores en la primavera le agasajaran la esposa si antes no morían de envidia.

Y Elena esperaba todavía y miraba con indiferencia las cajas, sederías y galas de su ajuar.

—¡Si fuese una mortaja!—decía entre sí.

La condesa nunca levantaba la voz en monólogos; sin embargo, no tenemos más remedio que obligarla a que nos descubra su pensamiento, mientras que recordado en la mano el rostro hermoso todavía, apoya el codo de su brazo gentil sobre un parapeto del mirador y fija sus ojos en el mar.

—En el tiempo en que Alpoim hacía-me su deudora a fuerza de sacrificios, inmolándose hasta sus propios intereses, pude imaginarme amada por él, y mi orgullo sufrió con eso.

Perdonéle, porque veía cuánto me respetaba. ¡Y casi llegué después a lisonjearme de ser amada así!... ¡Fué un engaño, de esos que desatinadas y orgullosas sabemos forjar nosotros! Ahí está lo más feliz del mundo... ¡si es que alguna vez se creyó infeliz, dada la distancia que nos separaba! Puesto que nunca le oí ni le dije una palabra que pueda ahora avergonzarme ni obligarle a dar explicaciones, ¿será cierto que lo he amado algún día?

Y la condesa huyó de sí misma para no contestar a semejante pregunta. Aunque momentos después, acordándose de ella, se contestó de este modo:

—¡Qué disparate!

Decidan las señoras.

XII

Guillermo llegó a ese extremo de la atonía moral en el que ya no se tiene voluntad propia.

El compasivo capitalista brasileiro vino a Europa y le trajo en su compañía. Apenas pasaron la línea ecuatorial, que para tantas complejiones es límite entre la vida y la muerte, Guillermo recobró alientos, y como al arrojarse en el cielo estrellado reconoció con júbilo el cielo de la patria, parecióle despertar en las estrellas que tomaba por testigos en los devaneos de su infancia, y se acordó de que había vivido. Vió a Elena y oyó los juramentos del último adiós.

Minuto tras minuto fué rememorando todo cuanto había visto irse quemando poco a poco bajo el ardiente sol de América.

—¡Si ella viviese todavía!—solía exclamar.

Y agregaba luego:

Viviría para oír: yo vuelvo más pobre de lo que fui, pues ni siquiera traigo las esperanzas que Fery conmigo. Pero, fin, descubré en Lisboa.

Su pulso era regular, sus mejillas animadas con los antiguos colores, descongelábase la idea en el alfileramiento de su alma, y el ángel de la esperanza presentábasele en los páramos de luz abrigados por una nueva aurora de poesía. ¡Era la patria!... Lo que esta palabra significa, sábenlo sólo los grandes desdichados.

Se dirigió a la calle de la Procesión, donde antes vivía el maestro. Palpitaba ansiosamente el corazón al preguntarle por él. ¡Alabado sea Dios! Un antiguo vecino dijo que fuera por el viejo y la hija a casa de la condesa de Prazins y—¡desgracia inexorable!—agregó: —Hace pocos días que estuvo por aquí

(1) Cien pesos

JEFES Y OFICIALES DEL CUERPO DE BOMBEROS DE LA CAPITAL FEDERAL



Teniente coronel Juan José Graneros, jefe del cuerpo.



Mayor Vicente Cobas, jefe del defall.



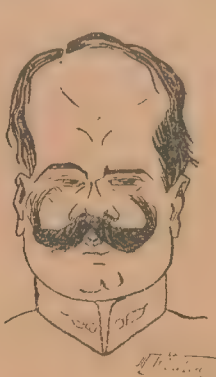
Mayor O. Alvarez.



Capitán Máximo Roca.



Capitán José Ganzano.



Teniente Amaro Allende.



Teniente Manuel Vallejos.



Teniente Carlos del Campo.



Teniente Nicanor González Alcís.



Teniente Manuel La Gamma.



Teniente Jesús María Pérez.



Subteniente Francisco Cagliolo.



Subteniente Carlos Soria.



Subteniente Pedro Muro.

el buen señor del viejo y me contó que su hija iba a casarse con un doctor muy sabio y que tenía veinte mil cruzados (1) de dote, ganados en la lotería. ¡Bien merecida se la tiene, pues es un alma pura!

De allí pasó Guillermo a buscar a su padre.

Había muerto. Entonces dirigióse a casa del bienhechor que lo trajo a la patria, y le dijo:

—No he encontrado a nadie: no tengo patria... ¡Lléveme otra vez con usted!

XIII

Y Elena esperaba todavía.

Estamos en una tarde de abril. El Tajo tenía la serenidad de un lago. Las sierras lejanas coronábanse de escarlata con los últimos reflejos del sol.

Elena bajó del brazo de su padre hasta el Malecón de las Columnas. Desde allí vió zarpar dos años antes a la goleta "Carlota" llevándose a Guillermo.

Iba a despedirse, a despedirse de una sombra que todavía le hacía señas desde lejos con un pañuelo en aquel entonces enajenado en llanto y ahora en sangre.

Y al despedirse, todavía esperaba.

Al apartar del Tajo los lagrimosos ojos, miró, se fijó con atención, enjugóse los ojos para ver mejor, volviólos a enjugar por vez segunda, soltó precipitadamente el brazo de su padre, corrió, corrió... y el anciano la seguía, gritando:

—¡Hija mía, hija mía!

Allá a la distancia, del lado de la Memoria, venía Guillermo a paso lento, solo y con los ojos fijos en la tierra. Alzólos de pronto y vió a una mujer que

corría hacia él. Detúvose y oyó su nombre. Corrió hacia Elena, y estando ya tan cerca de ella que sus jadeantes hábitos caldeábanse los rostros, no le fué dado sostenerla entre sus brazos, sino levantarla del suelo sin sentido.

De allí a poco el anciano y su hija, exánime en brazos de Guillermo, subieron a un carruaje.

El populacho no quería dejarlo arrancar sin saber antes la historia. ¡Oh escarnio de la curiosidad!

XIV

Al día siguiente la condesa fué a casa del escritor y le dijo:

—Venga conmigo.

Entraron en una sala del palacio, quedo, y se acercaron a otra en donde estaban Elena, Guillermo y el anciano.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó el escritor, aturdido con la visión y con el aire misterioso de todo aquello.

—Escuchémosle—contestó la condesa. Y Guillermo hablaba así:

—Bástame, hermana, mía, con verte feliz... Yo mismo te desligué del compromiso; no permitas Dios que yo viniese a quitarte tu futuro. Mi vida ha quedado por allá, Elena. Creo que he venido a darte el último adiós, y nada más. Tu padre reconoce las virtudes del que va a ser tu marido, debe tenerlas, porque ha sabido apreciarle, hermana mía; amaré a los dos, y os lo probaré mientras viva...

—¡Oh, qué frialdad, Guillermo!—exclamó Elena.

—Frialdad no, amiga mía—interrumpió él, enjugando el sudor de su frente.

—Necesitaria la vida que me falta para

encontrar sabor a la lucha contra la desgracia. Aquí no hay más que corazón con un poco de virtud fácil. Estas renunciaciones al pie de la sepultura no cuestan nada... Yo veré a tu esposo y le diré lo buena que eres, y él luego me dirá lo buena que serás.

—¡Qué noble alma!—murmuró el escritor; y entró de golpe en la sala, y la condesa con él.

Levantóse Guillermo a saludar a la hidalga.

Francisco de Alpoim se adelantó a estrecharle la mano, y le dijo:

—El señor me dirá lo buena que fué Elena y lo buena que será. El hermano soy yo, y como hermano les doy una casa para que residan. En ella están, Elena, las flores que abrieron para festejar su verdadera ventura. Su felicidad conmigo sólo hubiera sido una ficción como tantas otras que el mundo consiente en llamar felicidades.

La condesa abrazó a Francisco de Alpoim, y si no habló, por lo menos oyó que su alma le decía esto:

—¡Quién fuera amada por él!

CONCLUSIÓN

Pocos días después casáronse Guillermo y Elena.

Con la felicidad vino la salud, con la salud se abrieron nuevos horizontes de felicidad.

Un casamiento, pues, ya se conoce; pero ¿y el otro?

El otro es de una sencillez que aflige al novelista de mayor imaginación.

La condesa toma té una noche en una mesita de laca, y enfrente de ella está Francisco de Alpoim. La condesa rie de

la pequeñez de la mesita, y dice:

—¡Es una mesa como para novios!... Senancourt ha dicho que algunos espíritus, para sentir el gozo de la soledad, tienen necesidad de un cuarto pequeño, con poquitos muebles.

Debe haber dicho esto de los novios y no de los solitarios. ¿No le parece?

—He soñado con esa felicidad—respondió Alpoim.

—¿Cuándo?

—Cuando soñaba y lloraba de alegría por aspirar tan poca cosa.

—¿Y no pudo realizar el sueño?...

—¿Por qué?

—El ángel que yo llamaba a mi soledad pertenecía a las deslumbrantes glorias de la vida. Y nunca me vió en mi obscuridad.

—¿Y olvidó después a esa mujer?... digo mujer para corregir la palabra "ángel".

—No la olvidé; pero levanté entre nosotros la barrera de nuestra mutua dignidad.

—Y si hoy se encontrara con ella, ¿la reconocería?

—Sí, señora; la reconocería, sería un ángel amigo.

—¿Y no querría que ella fuese su esposa?—replicó la condesa estirándole la mano.

Francisco de Alpoim levantóse arrebatadamente, y al hacerlo inclinó la mesita.

La condesa entonces hizo otro tanto, e inclinando la mesa, que caía, dijo sonriendo:

—¡No me parece que estas mesitas sean muy a propósito para esposos felices!

Camilo CASTELLO-BRANCO.

(1) Diez mil peses oro.

Villa "María Rosa"

Villa "María Rosa",
solitaria villa,
¿qué misterio guardas
que nadie te habita?
Siempre sola y muda
se te ve dormida,
huérfana de cantos,
huérfana de risas,
Ni un perro siquiera
que vague en la quinta.
Nunca una muchacha
romántica y linda
que esté entre los árboles
haciendo puntillas,
o leyendo alguna
simple novelita.
Nunca una pareja
que su amor se diga,
andando senderos
en noches prístinas...
Jamás he visto una
lámpara encendida
que diga: ¡Aquí hay alguien
que reza o medita!
Siempre sola y muda
se te ve dormida;
tan sólo los pájaros
dicen su elegía.
¡Hay en ti un aspecto
de pena tan íntima!...
Algo de tragedia
que el alma adivina.
Quizá a media noche
por tus galerías,
se oyen pasos huecos
y voces perdidas.
Quizá se oye el leve
crujir de una fina
pollera de raso
por la huerta umbría...

Villa "María Rosa",
misteriosa villa,
¿qué cosas encierras?
¿por qué no te habitan?
¡Fero eres tan triste
y tan sugestiva,
que, a pesar de todo,
yo te habitaria!...

Alfredo E. BUFANO.

Adrogué, 1919.

El Sábado de Gloria en Florencia

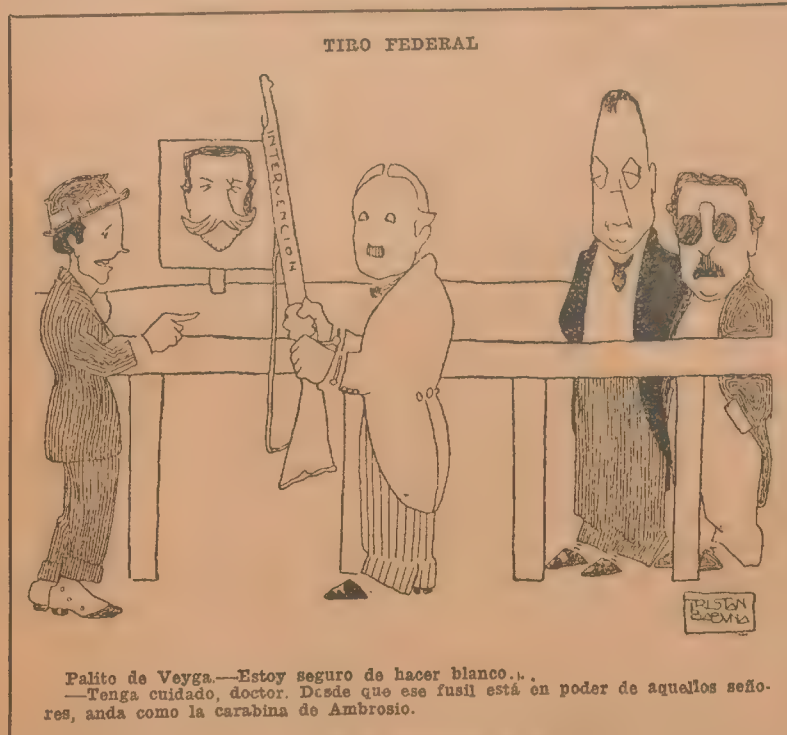
En estos días Florencia será, una vez más, teatro de una ceremonia religiosa célebre y acaso única en el mundo: el "scoppio del carro", la explosión del carro, que todos los años se celebra allí en el Sábado de Gloria.

Sobre el origen de esta fiesta corren entre el pueblo florentino muchas leyendas. La más popular asegura que un tal Pazzi, habiendo ido a Tierra Santa cuando las Cruzadas, y encontrándose en Jerusalén durante la Pascua, se unió a la muchedumbre que iba a encender cirios en la llama sagrada del Santo Sepulcro, a fin de poder llevar a Florencia un poco de aquel fuego. Encendió, en efecto, un cirio, y para que no se lo apagase el viento, hizo todo el viaje montado en un borriquillo y vuelto hacia la cola. El diablo trató en vano de apagarlo, y Pazzi entró en su ciudad natal con el cirio encendido, haciendo ofrenda de él a Florencia, sin otra condición que la de ser siempre el primero en encender en él una luz el Sábado Santo, para reanimar la lámpara del altarcillo que había en su calle, en la esquina misma de su casa.

Según Ghinozzo dei Pazzi, noble florentino que en el siglo XVI escribió una crónica de su familia, la cosa ocurrió de otra manera. Un su antepasado, Pazzo dei Pazzi, estuvo en la cruzada de 1088, y fué el primero en plantar la bandera de los cristianos en los muros de Jerusalén, en

recompensa de lo cual recibió de Godofredo de Bouillon tres pedazos de pedernal procedentes del Santo Sepulcro. Al regresar a Florencia, Pazzi regaló sus tres piedras a la municipalidad, que reverentemente las depositó en una de las principales iglesias de la ciudad. El pueblo empezó a mirar los pedernales con gran devoción, y ésta llegó a tal punto, que la municipalidad solicitó del obispo de la diócesis que encendiese con ellos el fuego para las ceremonias del Sábado Santo, y que permitiese llevar este fuego en procesión a las demás iglesias. Concedida esta autorización, se hizo costumbre que los hombres de la ciudad se disputasen el honor de encender el primer cirio en el fuego de los sagrados pedernales, y como en 1300 fuese un joven de la familia Pazzi el que lo consiguió, acordó celebrarlo esta coincidencia con gran pompa, haciendo una fiesta de fuegos de artificio.

De año en año, la ruidosa ceremonia fué adquiriendo mayor importancia, hasta que se decidió construir un gran carro para llenarlo de cohetes y hacerlo estallar delante de la cate-



Palito de Veyga.—Estoy seguro de hacer blanco... Tenga cuidado, doctor. Desde que ese fusil está en poder de aquellos señores, anda como la carabina de Ambrosio.

dral, encendiéndolo con el fuego sagrado.

Así es como se celebra ahora la fiesta. El carro, un carro enorme en forma de torre y tirado por cuatro hermosos bueyes blancos, recorre la ciudad entre un gentío inmenso, hasta detenerse, poco antes del mediodía, delante de la catedral. Allí se sujeta en él un alambre que, entrando por la puerta del templo, va a parar al altar mayor, donde hay un aparato mecánico de madera, con una rueda y una mecha, que vulgarmente llama el pueblo "la colombina", por ser en otro tiempo una paloma la encargada de llevar la mecha a lo largo del alambre. Entretanto, se está celebrando la misa en la catedral; el

fuego sagrado es sacado del baptisterio, y con él se encienden las luces del altar.

Los relojes de Florencia dan las doce; la gran campana de la catedral toca a gloria, y en el momento en que el coro entona el "Gloria in Excelsis Deo", el arzobispo aplica el fuego a la "colombina", que baja por el alambre, cruza la inmensa nave, sale a la plaza y va a prender en los cohetes, ruedas de fuego y bombas luminosas que llenan el carro, volviendo luego por sí misma al altar. La explosión es tremenda; se oye hasta en los alrededores de la ciudad, dominando la gozosa gritería de miles de personas que presencian la fiesta dentro y fuera de la iglesia.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Doctor ZAMBRINI

Profesor suplente de la facultad de medicina

Jefe de clínica del servicio de nariz, garganta y oídos del Hospital San Roque

531 - TUCUMAN - 531

2 a 4 p. m.

Dr. Apolo M. Ratto

SEÑORAS Y PARTOS
Cabildo, 2961

Unión Telefónica, Belgrano 1169

CONSULTAS DE 1 A 3 P. M.

Dr. J. M. Blanco Spangenberg

Del hospital Alvear

Venéreo - sifilíticas

De 3 a 6 p. m.

U. T. 4625, Lib. RIVADAVIA 1422

DENTISTAS

J. BONANSEA



Cirujano dentista de las Facultades de Bolonia y Buenos Aires. Moreno 990. — U. T. 3699 (Libertad).

El júbilo del pueblo no tiene límites si la "colombina" recorre sin accidente el alambre y prende bien; para el florentino esto es señal de que las cosechas serán buenas y las ganancias grandes. Las personas que padecen de la vista, esperan en sus casas el momento de la explosión, para lavarse en seguida los ojos, seguras de que curarán, y las madres se apresuran a hacer dar a sus hijos los primeros pasos mientras las campanas de toda Florencia celebran el "scoppio".

Pero si la máquina portadora del fuego se detiene en el alambre, si la mecha se apaga antes de llegar al carro o los cohetes no prenden, toda esta buena influencia de la explosión se desvanece, y el público se retira mustio y entristecido.

En Val de Loire, pueblo francés de 2.000 habitantes, había 400 bomberos. El secreto de esta abundancia era que los que prestan este servicio están exentos del servicio militar y por lo tanto las autoridades centrales aperecieron al alcalde y le obligaron a reducir a 25 el número de bomberos.

En Birmania es sencillísimo el procedimiento que los matrimonios mal avenidos siguen para separarse.

Cuando el marido y la mujer se convencen de que les es imposible vivir juntos, va la esposa a comprar dos bujías pequeñas de tamaño exactamente igual, que se venden en el país expresamente para el uso de los candidatos al divorcio.

Ambas velas se encienden a un tiempo, señalando previamente cuál ha de representar al marido y cuál a la mujer, y los cónyuges observan con ansiedad cómo se consumen, porque según la costumbre establecida, el propietario de la vela que se consume primero tiene que marcharse de la casa, sin más equipaje que la ropa que lleva puesta en aquel momento. La casa y todo el patrimonio de la familia queda de propiedad del cónyuge cuya vela tarda más en consumirse.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA
LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre \$ oro 2.00	Trimestre . . . \$ 3.00
Semestre 5.00		Semestre 6.00
Año 9.00	Semestre 4.00	Año 11.00
N.º suelto . . . 20 cts.	Año 8.00	N.º suelto . . . 25 cts.
N.º atrasado . 40 ..		N.º atrasado . 50 ..

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aun que se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están acaudalados de una credencial de esta revista.

¡Alégrate!

Si eres pequeño, alégrate, porque tu pequeñez sirve de contraste a la grandeza de otros en el universo; porque esa pequeñez constituye la razón esencial de su grandeza; porque para ser ellos grandes han necesitado que seas tú pequeño, como la montaña, para culminar, necesita alzarse entre colinas, lomas y cerros.

Si eres grande, alégrate, porque lo invisible se manifestó en ti de manera más excelente; porque eres un éxito del artista eterno.

Si eres sano, alégrate, porque en ti las fuerzas de la Naturaleza han llegado a la ponderación y a la armonía.

Si eres enfermo, alégrate, porque luchan en tu organismo fuerzas contrarias que acaso buscan una resultante de belleza, porque en ti se ensaya ese divino alquimista que se llama el Dolor.

Si eres rico, alégrate por toda la fuerza que el Destino ha puesto en tus manos, para que la derrames...

Si eres pobre, alégrate, porque tus alas serán más ligeras, porque la vida te sujetará menos; porque el Padre realizará en ti más directamente que en el rico, el amable prodigio periódico del pan cotidiano...

Alégrate si amas, porque eres más semejante a Dios que los otros.

Alégrate si eres amado, porque hay en esto una predestinación maravillosa.

Alégrate si eres pequeño; alégrate si eres grande; alégrate si tienes salud; alégrate si la has perdido; alégrate si eres rico; si eres pobre alégrate. Alégrate si te aman; si amas, alégrate. ¡Alégrate siempre, siempre alégrate!

Amao NERVO.

Acotaciones

DOLORES

"Porque esa palabra de encanto llena el hombre de mi esposa y el de mi pena." (BALART,—"Resignación",—Dolores.)

Nos descubrió el misterio Eusebio Blasco, el gran Eusebio Blasco, el bohemio impenitente, el baturro que añoraba la Pílarica desde los bulevares de París...

El conoció a Dolores. Era una garbada moza de Andalucía; alta, fina, de talle esbelto, con unos ojos muy negros y muy grandes. Hechizaba con la magia de su voz—desgranaba de perlas, tintineo del oro contra el mármol, ruido de fuentejica.—Cautivaba con el encanto de su sonrisa. Era buena y pura Dolores. Y compañera de un itinerario; esto es, de un luchador silencioso, de un amargado por el fantasma de la gloria, de un enamorado del ideal. Al tornar del estruendo de la calle, al acabar de vencer el diario afán, el crítico buscaba el reposo de la vida en los ojos y en los brazos de su Dolores.

Y su Dolores le sonreía y le echaba los brazos al cuello...

Tuvo un duelo el crítico; la sinceridad tiene tropiezos de este jaez. Balart fué herido por el adversario, y quedó roto él, el mozo gallardo, para toda la vida. ¡Cómo le cuidó Dolores! ¡Qué palabras le dijo la compañera en la adversidad! Se cicatrizaron las heridas con el bálsamo de los besos de la mujer fuerte. Consagróse el hogar del crítico en el dolor. Y un día cualquiera, el día mejor, cuando aquel amor de todos los días se renovaba cada momento con una emoción nueva y peregrina, murió Dolores.

Murió Dolores. Nadie supo de Balart en mucho tiempo; semanas, meses, años. ¿Qué hacía D. Federico? Besaba el retrato de la muerta; llevaba en un relicario colgado al cuello mechones de la muerta; hablaba—en éxtasis, en visiones, en sueños—con la muerta todos los días. Y todas las mañanas, temprano—mañanero es el dolor—oía misa, de rodillas, D. Federico, en la iglesia de San Ginés, de la villa y corte de los Felipes. Eusebio Blasco, aquel niño tan



Salomé y la tachuela.

El fracaso

Harto convencida estaba Eulalia de que su amistad con Horacio había dejado de ser ya el vínculo afectuoso de otros días para trocarse en un más intenso sentimiento. La situación moral de ambos era desde entonces insostenible, e inútiles los pretextos ingeniosos para prolongarla.

Ante las insinuaciones vagas o directas de Horacio, ella había penado con horror en la famosa atracción del abismo. Sentía Eulalia la extraña emoción de aquel acercamiento apenas sensible; pero que, sin embargo, estaba a punto de orientarlos en un mismo rumbo. Al meditar, contemplaba el contraste violento de las respectivas situaciones. Horacio no era libre

y Eulalia, sí. El había cerrado ya su destino en el definitivo trazo de un límite; y ella, en cambio, tenía abierto ante sus esperanzas, todo el amplio horizonte de una vida con sus auroras rosadas y sus crepúsculos de fuego.

Ambos comprendían su caso psicológico; el peligro flotaba sobre la ilusión como una sombra, pero ¡ay! en el alma de los dos, la ilusión batía musicalmente sus alas.

Horacio la amaba ya resuelta e impetuosamente, y Eulalia... quizás lo amara también. Sobre él pesaba una ley opresora de su libertad; sobre ella gravitaba un prejuicio social más potente que la ley.

Los dos habían envueltos en la ráfaga pasional viviendo allá en el infinito de los orbes irreales del amor, pero no en el impropio imperio de las normas en que la vida sujeta a sus criaturas.

Filosofaba Horacio en su honda inquietud espiritual, planteándose los inacabables "por qué" que impiden la realización de los ideales y los resuelve triunfalmente. Se repite la vida y se repite el amor que es su fuerza creatriz. Cada mujer que nos conmueve y hace vibrar el cordaje de nuestra alma, provoca el brote de nuevas ilusiones en el corazón, como cada primavera flores en los jardines y cada noche astros en el cielo. El poeta lo ha dicho: "se renueva o se muere". Tal la lógica de acero con que se vence a sí mismo. No obstante, volvía la duda; y al mirarse hacia dentro, encontrábase como contemplando por grandes ojos, fijos, inmutables, acusadores de los deberes que realmente se había creado en la vida.

Mas, pronto se disipaba la inquietante sombra de su conciencia al destello vivísimo de la luz que reverberaba en su pasión y otra vez reaparecía el florido panorama, patria natal de los que aman. Ante él, se le antojaba miserable el estrecho mundo que se habían creado para la propia pena eterna de los hombres. "¡Los pobres hombres!", al decir de Maupassant!

El hombre, cuyo pensamiento seguía en audaces vuelos el infinito y se trazaba rutas más altas que las estrellas, ¿para qué había dado en la idiotez de construir una jaula para su espontánea cautividad? Su caso era un ejemplo, pero se rebelaría. Frente a él, se alzaba atrayente, irresistible, una ilusión de mujer. Daría, pues, el salto del abismo. ¡Y resuelto, preguntó la felicidad, la gloria voluptuosa de un nuevo amor, la exaltación durante de una pasión pecadora, desvirtueta en la penumbra de un misterio impenetrable!

—Sí. Eulalia era bella de cuerpo y de alma; su espíritu solía recrearse en audaces incursiones por las intrincadas selvas de la filosofía... ¿Por qué entonces no había de permitirse la posesión del joyel de su belleza, gastada así, en la sombra, como el tesoro de un delito? ¡Y la sintió presa de su conquista! Ante ella, volcó un raudal de símiles y metáforas brillantes;ció viejos libros de amor en cuyas páginas tremaban las pasiones de héroes inmortales. Del fulgor verbal surgió todo un sistema constructivo de un amor radiante de egoísmo sublime. Paradojal y desorbitado, por momentos parecía orquestar una cascada de armonías y por momentos confundirse en un desorden de lirismo.

Ella le escuchaba de pie. Ante la exaltación de Horacio, tenía el encanto de una estatua triunfando en la serenidad impecable de su línea. Tras su última llamada verbal, Horacio aguardó la respuesta. Dentro del agitado pecho aceleraba su ritmo en violencia el corazón. Eulalia, más pálida que siempre, hizo un gesto de dolor que puso mayor encanto en el óvalo, admirable de su cara y un destello repentino aumentó el hechizo perverso



—¿Por qué invitaste a Esther para un paseo en yate, si sabes que se mareará horriblemente?
—Quiero que los hombres la vean mareada.

de su mirada azul... Luego con voz desfalleciente sentenció:

—No, Horacio... ¡Imposible!

Horacio clavado en el suelo, la vió alejarse mirando... a ninguna parte, y comprendió vencida la bella mentira de su ideal por una sencilla y bruta realidad de la vida. Y ante el ideal que huía de su lado para siempre, pensó con amargura en el estrago que desde ese instante iba a devorar silenciosamente su alma y se repitió con desaliento la melancólica expresión de Maupassant:

“¡Los hombres, los pobres hombres!”

Enrique AGESTA.

AGRICULTURA Y GANADERÍA

LA CAL EN EL SUELO AGRICOLA

La influencia de las materias fertilizantes del suelo ha sido observada y analizada desde las célebres experiencias de Liebig y otros eminentes agrónomos; hoy se estudia la relación y el efecto particular de cada materia como necesidad indiscutible para adaptar plantas definidas a ciertos y determinados suelos clasificados.

La agrología y la química agrícola nos revelarán paulatinamente estos datos importantes.

Se debe considerar desde dos puntos de vista la cantidad de cal que un suelo de explotación agrícola necesita.

Puede reclamarla como elemento fertilizante, o como parte constituyente de la tierra misma, y que modifique sus propiedades químicas y físicas. Bajo el concepto de la sustentación de las plantas, una cantidad ínfima basta para cualquier suelo, sin necesidad que exceda mucho de la cantidad de ácido fosfórico y potasa.

Como este último elemento, la cal, es una parte de los productos que en los vegetales sirven para forraje, y como se disuelve, queda en los residuos y vuelve a la tierra con el abono. Bastan entonces pequeñas cantidades para restituir al suelo este elemento, indiscutiblemente necesario.

Ahora bien; desde el punto de vista de las reacciones químicas, conviene que haya en el suelo una cantidad considerable, a fin de que pueda fermentar las materias orgánicas.

Las reacciones químicas son especialmente la combustión de dichas materias y la nitrificación y combinación doble con las sales de potasa y amoníaco, facilitando la absorción de estas substancias por el suelo.

Todas estas evoluciones distintas, que transforman siempre la cal en bicarbonato, nitrato, sulfato y cloruro, requieren que haya en el suelo una cantidad conveniente de cal o materia calcárea, a fin de que nunca falte.

Como cantidad exacta, no puede determinarse ninguna, pues depende del abono orgánico que se emplee, teniendo siempre aquél que ser mayor.

Sabemos que todo cultivo extrae del suelo, anualmente, una cantidad considerable de materia calcárea, y en consecuencia, es necesario restituir al suelo los elementos que “necesariamente” absorben las plantas, durante su alimentación, las cuales concluyen por aniquilarlo, si no se toman otras medidas que ejerzan una acción tan marcadamente racional y benéfica como la alternativa, sistemática y científica de los cultivos.

Se sabe que una tierra arcillosa, sometida a cierta influencia, pierde su plasticidad, adquiriendo, por lo tanto, las cualidades de la capa arable. Pues bien: si la cal escasea, no se

Don Baltasar de Arandia

por CARLOS CORREA LUNA

Acaba de aparecer la 2.^a edición de esta amenísima e importante obra histórica premiada por el gobierno nacional.

PRECIO 2 \$ en todas las librerías

De su interés dan cuenta los capítulos que contienen: Preparativos de la aclamación de Carlos III en Buenos Aires.—Las fiestas.—Ceballos y Buearelli.—El gobierno de Vértiz, Arandia en Potosí.—Los Escaladas.—La ilusión de la libertad comercial.—La noticia en el alto Perú.—El nombramiento.—Los corregidores y el repartimiento.—El crimen de García Prado.—Los embrollos de la Audiencia de Charcas. Don Baltasar en tierra de Chichas.—El señor corregidor. La increíble audacia de don Salvador Patzi y Perearnau.—Una terrible jornada.—Un almacén alto peruano en 1778.—La fuga de don Vicente de la Cueva y Saldaña. El siniestro humorismo de Patzi y Perearnau.—Un corregidor como no se había visto nunca. El modelo gubernativo de don Baltasar.—Los sucesos de Tarija.—La vuelta de García Prado.—La “venganza” de don Baltasar.—La última sorpresa.—Nota final.

MODOS DE VER



La nueva trata de blancas

efectúa esa transformación: la tierra continúa siendo plástica, no utiliza debidamente la materia orgánica y es más difícil de labrar.

Entonces, el porcentaje de materias calcáreas que el suelo agrícola debe contener, varía según la proporción de arcilla y la finura del carbonato.

Los suelos que poseen mucha cantidad de materia orgánica, deben contener un buen porcentaje de cal, a objeto de permear completamente esas materias, sin lo cual no podrían nunca ser aprovechadas por la vegetación.

Se desprende, de todo esto, que es difícil determinar con exactitud la proporción de cal que el suelo contiene: varía según la cantidad de las otras sustancias en él existente. En los suelos ligeros, basta el uno por ciento de cal; en otros se necesita hasta el seis por ciento.

Si el vegetal que se explota, y las materias que predominan en el suelo, exigen una cantidad regular de cal,

se desprende la necesidad de restituir ese elemento al suelo, pues de lo contrario, el producto lógicamente tenderá que degenerar por la pobreza del principal elemento de manutención.

En toda plática similar llegaremos al mismo asunto: la rotación de cultivos debe practicarse de acuerdo con el estudio agroológico del suelo y la especie de vegetal que se emplee.

EL CREDO DEL LABRADOR

Una revista agrícola europea refiere que hace varios años, los agricultores del Canadá se reunieron en asamblea, para condensar en breves fórmulas, los pensamientos que deben dominar en los que se dedican al cultivo de la tierra, y después de una detenida discusión adoptaron el siguiente “credo del labrador”, que transcribimos, porque comprende consejos que todo buen agricultor debe tener presentes.

Creemos en fincas pequeñas y su cultivo completo.

Creemos que a la tierra le gusta comer tanto como a su dueño, y por consiguiente, se la debe atonar bien.

Creemos que se debe ir siempre hasta el fondo de las cosas, y por lo tanto, profundizar con el arado cuanto más se pueda. El mejor arado de todos, es el de subsuelo.

Creemos en las grandes cosechas, que dejan la tierra en mejor estado del que la encuentran, enriqueciendo a un mismo tiempo al labrador y al terreno.

Creemos que todo labrador debe tener una buena hacienda de labranza.

Creemos que el abono universal de todos los terrenos, es el espíritu de industria, de empresa y de inteligencia, porque sin él, de nada sirve la cal, el yeso ni el guano.

Creemos en los buenos cercados, en las buenas fábricas y en las buenas arboledas.

Creemos que tener un puesto para cada cosa y cada cosa en su puesto, evita muchos pasos perdidos y conduce a tener buenos aperos y a conservarlos en buen orden.

Creemos que el buen trato al ganado y el proporcionarle buen abrigo, es un ahorro.

Creemos que es bueno atender a la experimentación y anotar los resultados, así los buenos como los malos.

Y finalmente, creemos que es una máxima excelente vender el grano tan pronto como esté listo.

LOS CONEJOS.—Su alimentación

Los conejos se alimentan con hojas de col, brócoli, remolacha, zanahorias, aunque prefieren las aromáticas y tónicas, como espliego, tomillo, romero, flor de aliaga, chope o pino; que no sólo comen las hojas, comen la corteza de las ramas, lo cual les evita una enfermedad que sufren por desarrollo excesivo de sus incisivos. Las plantas muy acuosas, alfalfa, coles, etcétera, les causan enfermedades mortíferas y del estómago; igualmente les perjudica todo pasto mojado, por la lluvia o rocío, por lo que deben dejarse antes secar dichos forrajes.

Si es alfalfa u otra verdura muy acuosa, se dejará macerar o secar un poco dos o más días en casa en punto cubierto o seco antes de darla a dichos roedores, extendiéndola bien.

Se les debe dar tres comidas al día en estío y dos en invierno.

Si se les dan forrajes acuosos, los conejos no tienen necesidad de agua.

Deben tener agua las conejas en el día del parto, y hasta seis u ocho días después, para compensarles su evaporación sufrida por la fiebre, hemorragias y dolores del parto, evitando así que devoren a sus hijos para beberse su sangre y absorber su humedad interna, lo que ocurre con mucha frecuencia, de cuyos hechos se culpa luego a los ratones.

“Vida del almirante don Cristóbal Colón”

por FERNANDO COLON, su hijo

EXCELENTE EDICIÓN DE UNA IMPORTANTE OBRA HISTÓRICA

En un tomo de 300 páginas, impreso en papel fino

Precio: \$ 2.50 m/n.

En venta en las librerías de la Capital Federal

Los pedidos del Interior, acompañados de su importe deben ser dirigidos a

EDICIONES LEMARC

Montevideo 1088

Buenos Aires

Notas femeninas



La mayoría de las jóvenes señoras en camino de ser madres, se asustan tan solo al pensar que tienen que pasar unos cuantos malos meses, durante los cuales serán forzosamente desgraciadas. No

tienen razón para pensar así, pues les será muy fácil conservar su elegancia y continuar recibiendo a sus amistades, volver a su vez las visitas, e ignorar, si así es su gusto, la gran novedad... El todo, estriba en saber vestirse, según el momento, y para conseguirlo voy a ayudarlas.

Nunca como ahora la moda nos fué propicia para ciertos disimulos; trajes y "manteaux" caen derechos y flojos, no quedando más que aprovechar la oportunidad, acentuando, si a mano viene, un poco más la flojedad del talle y dando más amplitud al vuelo y también un poco más de largo, todo lo cual no afecta para nada a la actual moda.

Por de pronto, queridas lectoras, voy a daros algunos consejos en general muy útiles y que estoy segura sabréis apreciarlos en lo que valen. Empecemos, si queréis, por la ropa interior.

En primer lugar hay que suprimir el corsé, desde el momento que estorba, reemplazándolo por una faja larga sin "caoutchouc" arriba y con aberturas a los costados, lo que permite ensancharla a medida que van adelantando

los meses del embarazo. No hay que llevar nada que apriete el talle. Se debe adoptar la combinación-enagua, tan práctica de por sí. El vis irá montado a la orilla de un cuerpo flojo, cuidando de conservar bastante amplitud y de alto adelante. No temáis engrosar demasiado para empezar, así os acostumaréis. En el bajo pondréis una cinta bastante ancha de terciopelo, e interiormente a la altura de 30 o 40 centímetros, fijaréis un volado plegado, teniendo esta misma altura y cuya misión es la de impedir que el viso se corte o entre en el bajo, y así se guarda a la silueta su línea derecha. Para esconder al derecho las puntadas del volado, se adorna el viso justo a esta misma altura con una ligera guía de rositas rococó.

Los "deshabillés", batones y trajes, serán escotados y de preferencia en punta, pues despeja y alarga.

Creo inútil tener que recomendarlas que no tengan faldas y cuerpos separados, sino llevar siempre trajes de un sola pieza y de un solo tono, dando la preferencia a los colores oscuros.

Los géneros que tengan algo de apresto, son preferibles por no acusar por demás las formas: el satén, el terciopelo de lana y seda, la "nubienne", o la franela son buenos tejidos para esta circunstancia, pudiendo también emplearse el crêpe de Chine y la muselina de seda, pero no tirante, sino muy fruncido, lo que disimula y no abulta demasiado.

Elegiréis hechuras que alarguen la silueta, aventajando el pecho y ensanchando los hombros. En la actual moda, abundan modelos que se pueden aprovechar; pero voy tratando por todos los medios que están a mi alcance, de ahorraros trabajo, y al efecto encontraréis en esta crónica cuatro modelos adecuados para esta época de vuestra vida.

El primero es un bonito "deshabillé" que lo mismo puede ser hecho en "nubienne" o en franela si lo destináis tan sólo para la mañana; en crêpe de Chine o de satén, si su destino es algo más elegante o lo reservaréis para las



tardes y también para la intimidad del hogar. Se compone de un pequeño cuerpo derecho y chato, especie de un largo "empiècement", donde va montada la falda que es cortada al hilo y algo fruncida. Las mangas son cortas y planas: el cierre se hace en la mitad de la espalda. Todo el alto va cubierto por una especie de "peplum" romano, más o menos largo, que cae flojo y flexible, siendo encastrado por una pequeña franja de perlas, estando reunido a cada costado a la mitad de su altura, por un motivo de perlas. El delantero va drapeado ligeramente y la mitad del escote va replegado sobre sí, por medio de un botón de presión.

Nuestro segundo modelo nos muestra una lindísima toilette de satén negro muy sencillo y muy chic. El cierre lo tiene atrás, al hilo derecho y con una hilera de botones

de azabache negro. Esta espalda es floja y forma una especie de ancho "panneau" que se ensancha a cada costado, debajo del brazo, bajando hasta las caderas y va ribeteado con un "gansé". Las mangas kimono son cortadas en el mismo cuerpo, como asimismo los pequeños "empiècements" del delantero sobre el cual va montado, en frunces, el traje.

Fijadas bastante alto a cada costado dos cintas angostas en faja simplemente anudadas, aprietan casi nada la amplitud del delantero, dejando la espalda libre, y quedando el conjunto muy flojo. El escote, en punta, va adornado con tres pequeños voladitos, plegados o rizados en ogandí, o muselina de seda blanca; este mismo adorno se ve también en los bajos de las mangas.

Pasemos ahora a los abrigos, y si por mí fuera, no se debería usar nada más que la capa. Existen muchos modelos, pero las aconsejo no elegir los que tengan un canesú demasiado largo, y si el pequeño canesú que va escondido por un gran cuello, que es preferible.

Muchos otros abrigos pueden también convenir siempre y cuando no sean ni demasiado angostos ni que tengan cinturón.

El modelo cuatro es nuevo en su hechura; os hace ver un lindo adorno de volados chatos en el cuello y puños. Las mangas son anchas, cortadas en kimono. El cuerpo y falda de este abrigo son cortados al hilo derecho, siendo muy flojo y ancho.

En fin, queridas lectoras, me resta tan sólo ocuparme del último modelo del traje que no lleva número: es una toilette fantasía en paño satén. La "veste" cierra a un costado, ablusada, en una faldeta de piel. Gran cuello y puños iguales. Una abertura abotonada en el bajo y a un costado de la falda, quita el aspecto demasiado uniforme a este bonito modelo.

A. de DAUMONT.

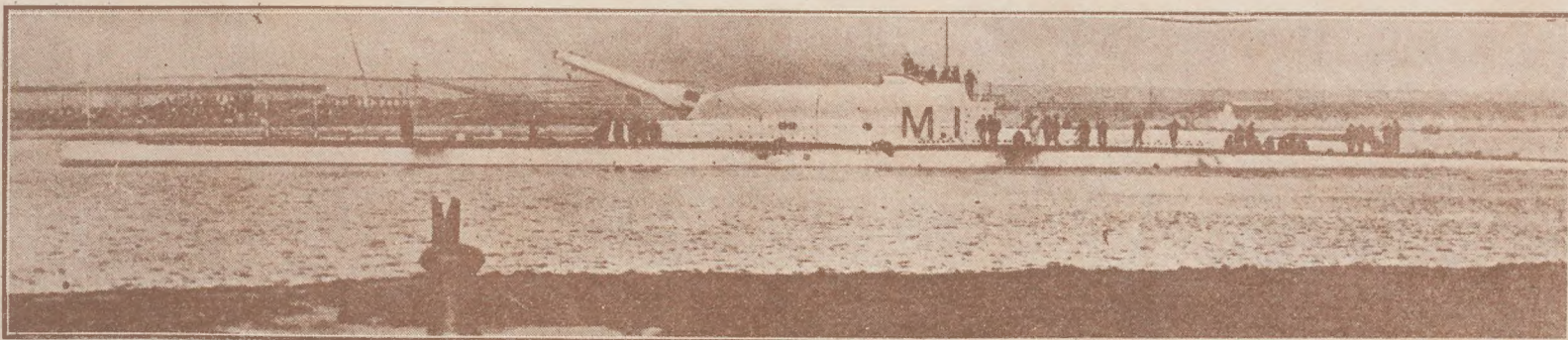
Para abrillantar el cabello.—

Se consigue comunicar al cabello un brillo discreto, usando el compuesto que detallamos a continuación: agua de rosas, doscientos gramos; goma tragacanto, doce gramos; esencia de rosas, cinco gotas.

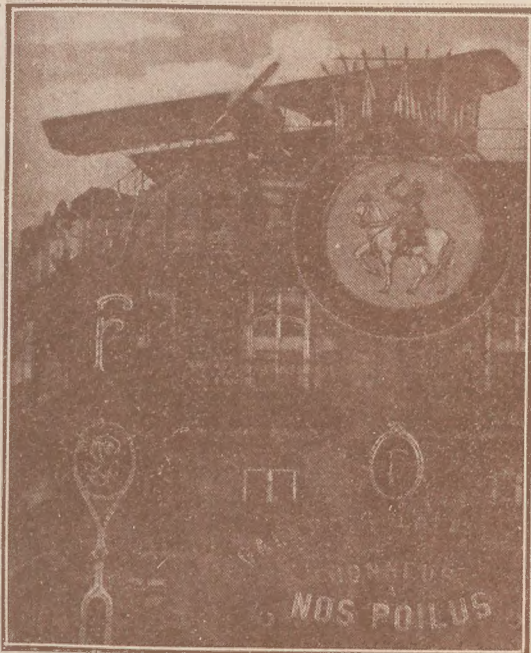




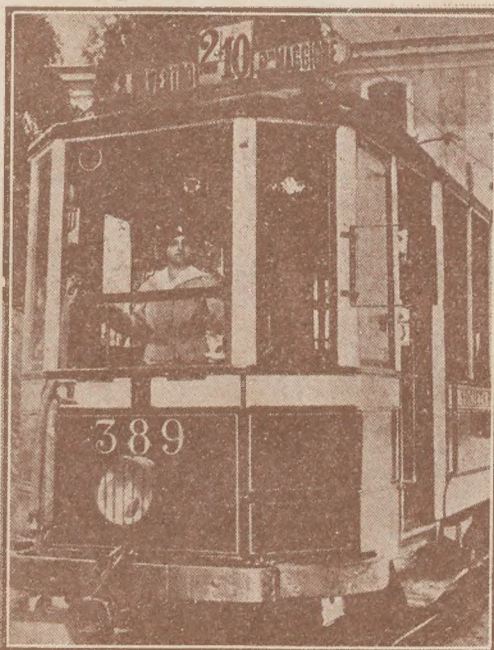
ACTUALIDAD EXTRANJERA



Otro secreto de la guerra recién revelado. Un submarino-monitor, con cañones de doce pulgadas, construido por la Gran Bretaña para la defensa de las costas. Se ha sabido últimamente que la Gran Bretaña tiene una flota de submarinos, cada uno de cuyas unidades es de dimensiones superiores al submarino más grande construido por Alemania. Miden más de 350 pies de largo.



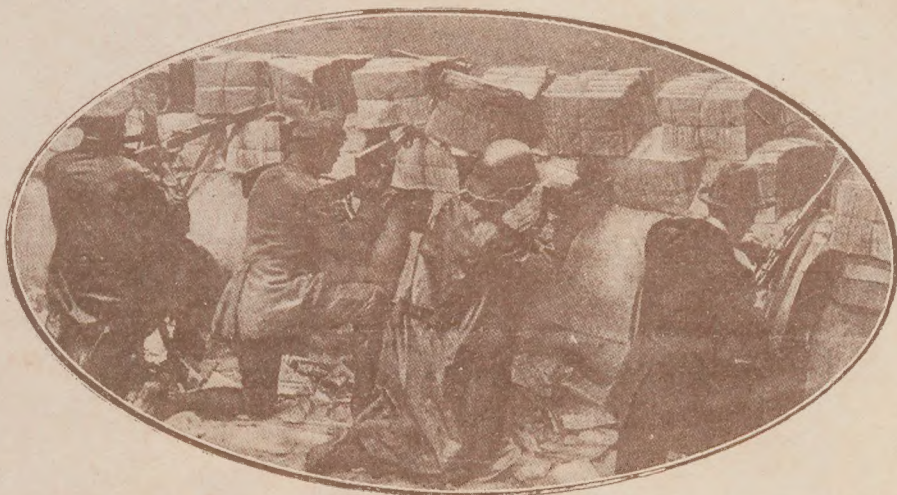
El aeroplano de Julio Vedrines expuesto en la azotea de la tienda "Galeries Lafayette", donde aterrizó en un espacio de 12 metros por 30.



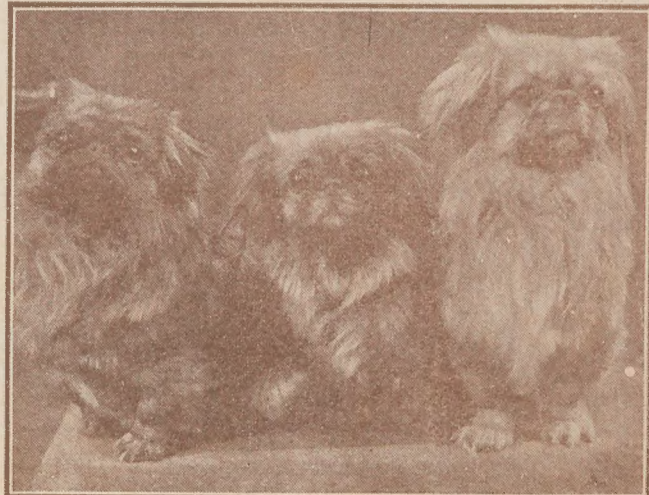
En Roma numerosas mujeres se han empleado como conductoras de tranvías eléctricos.



Curiosa cabeza representativa del tipo anglosajón, compuesta con los rasgos fisonómicos de Washington, Jefferson, Lincoln, Wilson, vizconde Grey y Asquith.



En Berlín. Soldados y particulares adictos al gobierno haciendo fuego contra los espartaquistas en la Schutzenstrasse. Se han parapetado detrás de bobinas de papel y paquetes de diarios.



Chang-Chio, Yan Se y Hu Sen, tres perritos campeones de la décima exposición anual del Pekingese Club de América, celebrado en Nueva York. Chang-Chio obtuvo el primer premio entre 250 competidores.



Jóvenes maximalistas de ambos sexos practican diariamente en Moscú ejercicios de tiro. El gobierno provee gratuitamente de armas y municiones.

GRAN CONCURSO :: CHOCOLATE :: PRODUCTORA AMERICANA



IMPORTANTE

Los señores E. Parodi & Cía., queriendo favorecer a los numerosos consumidores del afamado y exquisito Chocolate "Productora Americana" la predilección que se le dispensa, ha resuelto inaugurar un original **concurso** a base de valiosos premios en efectivo y productos de la casa, que se distribuirán en la fecha que oportunamente se avisará en los diarios y revistas.

Los señores E. Parodi & Cía. se proponen con este **gran concurso** compensar, aunque de una manera insignificante, la señalada distinción que al público en general le merece su *Chocolate "Productora Americana"*.

E. PARODI & Cía.

RIVADAVIA. 620